

## LIBRO NOVENO.

CONDUCTA DE LA CENTRAL DESPUES DE LA ROTA DE MEDELLIN.— SU DECRETO DE 18 DE ABRIL.— IDEAS AÑEJAS DE ALGUNOS DE SUS INDIVIDUOS.— REPRUÉBALAS EL GOBIERNO INGLÉS.— FUERZA QUE ADQUIERE EL PARTIDO DE JOVELLANOS.— PROPOSICION DE CALVO DE ROZAS PARA CONVOCAR Á CÓRTEZ, 15 DE ABRIL.— ENSANCHE QUE SE DA Á LA IMPRENTA.— SEMANARIO PATRIÓTICO.— DESCONTENTOS CON LA JUNTA.— INFANTADO.— DON FRANCISCO PALAFOX.— MONTIJO.— ALBOROTO QUE PROMUEVE EL ÚLTIMO EN GRANADA, REPRIMIDO.— DISCÚTESE EN LA JUNTA CONVOCAR Á CÓRTEZ.— DECÍDESE CONVOCAR LAS CÓRTEZ.— DECRETO DE 22 DE MAYO.— EFECTO QUE PRODUCE EN LA OPINION.— RESTABLECIMIENTO DE TODOS LOS CONSEJOS EN UNO SOLO.— OPERACIONES DE LOS EJÉRCITOS.— ARAGON.— RÍNDESE JACA Á LOS FRANCESES.— EL P. CONSOLACION.— PÉRDIDA DE MONZON.— SON RECHAZADOS LOS FRANCESES EN MEQUINENZA.— MOLINA.— PASA EL QUINTO CUERPO DE ARAGON Á CASTILLA.— SUCEDE Á JUNOT SUCHET EN EL MANDO DE ARAGON.— FORMACION DEL SEGUNDO EJÉRCITO ESPAÑOL DE LA DERECHA.— MÁNDALE BLAKE.— REINO DE VALENCIA.— REUNE BLAKE EL MANDO DE TODA LA CORONA DE ARAGON.— MUÉVESE BLAKE.— CONMOCIONES EN ARAGON.— ALBELDA.— TAMARITE.— ABANDONAN LOS FRANCESES Á MONZON.— EN VANO INTENTAN RECOPRARLE.— RÍNDESE 600 FRANCESES.— ENTRA BLAKE EN ALCAÑIZ.— VÁ SUCHET Á SU ENCUENTRO.— BATALLA DE ALCAÑIZ.— RETÍRASE SUCHET Á ZARAGOZA.— SITUACION CRITICA DE SUCHET.— PARTIDARIOS.— ADELÁNTASE BLAKE Á ZARAGOZA.— BATALLA DE MARÍA.— RETIRASE BLAKE Á BOTORRITA.— RETÍRASE DE BOTORRITA.— BATALLA DE BELCHITE.— RESULTAS DESASTRADAS DE LA BATALLA.— PASA BLAKE Á CATALUÑA.— CONSPIRACION DE BARCELONA.— SUPLICIO DE ALGUNOS PATRIOTAS.— SUCESOS DEL MEDIODIA DE ESPAÑA.— MARISCAL VICTOR.— PATRIOTISMO DE EXTREMADURA.— INACCION DE VICTOR.— PASA LAPISSE DE TIERRA DE SALAMANCA Á EXTREMADURA.— ENTRA EN ALCÁNTARA.— UNENSE LAPISSE Y VICTOR.— MARCHAN CONTRA PORTUGAL.— DESISTEN DE SU INTENTO.— MUÉVESE CUESTA.— PARTIDARIOS DE EXTREMADURA Y TOLEDO.— VUELAN LOS FRANCESES EL PUENTE DE ALCÁNTARA.— EJÉRCITO DE LA MANCHA.— VÁ Á SU ENCUENTRO, SIN FRUTO, JOSÉ BONAPARTE.— CAMPAÑA DE TALAVERA.— FUERZAS QUE TOMARON PARTE EN ELLA.— MARCHA WELLESLEY Á EXTREMADURA.— PLANES DIVERSOS DE LOS FRANCESES.— SITUACION DE SOULT.— CUESTA EN LAS CASAS DEL PUERTO.— AVÍSTASE ALLÍ CON ÉL WELLESLEY.— PLAN QUE ADOPTAN.— ME-

DIDAS QUE HABIA TOMADO LA CENTRAL.— MARCHA ADELANTE EL EJÉRCITO ALIADO.— PROPONE WELLESLEY Á CUESTA ATACAR.— REHÚSALO EL GENERAL ESPAÑOL.— INCOMÓDASE WELLESLEY.— AVANZA SOLO CUESTA.— RECONCÉNTRANSE LOS FRANCESES.— AVANZA WILSON Á NAVALCARNERO.— PELIGRO QUE CORRE EL EJÉRCITO DE CUESTA.— BATALLA DE TALAVERA, 27 Y 28 DE JULIO.— SEVERIDAD DE CUESTA.— RECOMPENSAS QUE DA LA JUNTA CENTRAL Y EL GOBIERNO INGLÉS.— RETÍRANSE LOS FRANCESES Á DIVERSOS PUNTOS.— NO SIGUE WELLINGTON EL ALCANCE.— MOTIVOS DE ELLO.— LLEGA SOULT Á EXTREMADURA.— VA WELLINGTON Á SU ENCUENTRO.— TROPAS QUE SE AGOLPAN AL VALLE DEL TAJO.— CUESTA SE RETIRA DE TALAVERA.— EL EJÉRCITO ALIADO SE PONE EN LA ORILLA IZQUIERDA DEL TAJO.— PASO DEL PUENTE DEL ARZOBISPO POR LOS FRANCESES.— DEJA CUESTA EL MANDO.— SUCÉDELE EGUIA.— NUEVAS DISPOSICIONES DE LOS FRANCESES.— ENCUÉNTRANSE WILSON Y NEY EN EL PUERTO DE BAÑOS.— EXTORSIONES DEL EJÉRCITO DE SOULT.— MUERTE VIOLENTA DEL OBISPO DE CORIA.— EJÉRCITO DE VENÉGAS.— SU MARCHA.— NÓMBRALE LA JUNTA CAPITAN GENERAL DE CASTILLA LA NUEVA.— SU INCERTIDUMBRE.— DEFIENDE EL PASO DEL TAJO EN ARANJUEZ.— BATALLA DE ALMONACID.— RETIRADA DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.— SU DISPERSION.— CONTESTACIONES CON LOS INGLESES SOBRE SUBSISTENCIAS.— LLEGADA Á ESPAÑA DEL MARQUÉS DE WELLESLEY.— PLAN DE SUBSISTENCIAS.— CONDUCTA Y TROPELÍAS DEL GOBIERNO DE JOSÉ.— OPINION DE MADRID.— JÚBILLO QUE ALLÍ HUBO EL DIA DE SANTA ANA.— NUEVOS DECRETOS DE JOSÉ.— MEDIDAS ECONÓMICAS.— PLATA DE PARTICULARES.— DEL PALACIO.— DE IGLESIAS.— MR. NAPIER.— CÉDULAS HIPOTECARIAS.— CÉDULAS DE INDEMNIZACION Y RECOMPENSA.— OTROS DECRETOS.

El querer llevar á término en el libro anterior la evacuacion de Galicia y Asturias nos obligó á no detenernos en nuestra narracion hasta tocar con los sucesos de aquellas provincias en el mes de Agosto. Volverémos ahora atras para contar otros no ménos importantes que acaecieron en el centro del Gobierno supremo y demas partes.

La rota de Medellin, sobre el destrozó del ejército, habia causado en el pueblo de Sevilla mortales angustias, por la siniestra voz esparcida de que la Junta Central se iba á Cádiz para de allí trasladarse á América. Semejante nueva sólo tuvo origen en los temores de la muchedumbre y en indiscretas expresiones de individuos de la Central. Mas de éstos, los que eran de temple sereno y se hallaban resueltos á perecer ántes que á abandonar el territorio peninsular aquietaron á sus compañeros y propusieron un decreto, publicado en 18 de Abril, en el cual se declaraba que «nunca mudaria (la Junta) su residencia, sino cuando el lugar de ella estuviese en peligro, ó alguna razon de pública utilidad lo exigie-

se.» Correspondió este decreto al buen ánimo que habia la Junta mostrado al recibir la noticia de la pérdida de aquella batalla, y á las contestaciones que por este tiempo dió á Sotelo, y que ya quedan referidas. Así puede con verdad decirse que desde entonces hasta despues de la jornada de Talavera fué cuando obró aquel cuerpo con más dignidad y acierto en su gobernacion.

Antes algunos individuos suyos, si bien noveles repúblicos é hijos de la insurreccion, continuaban tan apegados al estado de cosas de los reinados anteriores, que áun faltándoles ya el arrimo del Conde de Floridablanca, á duras penas se conseguia separarlos de la senda que aquél habia trazado; presentando obstáculos á cualquiera medida enérgica, y señaladamente á todas las que se dirigian á la convocacion de Córtes, ó á desatar algunas de las muchas trabas de la imprenta. Apareció tan grande su obstinacion, que no sólo provocó murmuraciones y desvío en la gente ilustrada, segun en su lugar se apuntó, sino que tambien se disgustaron todas las clases; y hasta el mismo gobierno inglés, temeroso de que se ahogase el entusiasmo público, insinuó en una nota de 20 de Julio de 1809 que (1) «si se atreviera á criticar (son sus palabras) cualquiera de las cosas que se habian hecho en España, tal vez manifestaria sus dudas..... de si no habia habido algun recelo de soltar el freno..... á toda la energíá del pueblo contra el enemigo.»

Tan universales clamores, y los desastres, principal aunque costoso despertador de malos ó poco advertidos gobiernos, hicieron abrir los ojos, ciertos centrales, y dieron mayor fuerza é influjo al partido de Jovellanos, el más sensato y distinguido de los que dividian á la Junta, y al cual se unió el de Calvo de Rozas, menor en número, pero más enérgico é igualmente inclinado á fomentar y sostener convenientes reformas. Ya dijimos cómo Jovellanos fué quien primero propuso, en Aranjuez, llamar á Córtes, y tambien cómo se difirió para más adelante tratar aquella cuestion. En vano, con los reveses, se intentó despues renovarla, esquivándola asimismo, miéntras vivió, el presidente Conde de Floridablanca, á punto que, no contento con hacer borrar el nombre de Córtes, que se hallaba inserto en el primer manifiesto de la Central, rehusó firmar éste, áun quitada aquella palabra, enojado con la expresion sustituida de que se restablecerian «las leyes fundamentales de la monar-

---

(1) Nota pasada por Mr. Canning, ministro de Relaciones exteriores de S. M. B., á D. Martín de Garay, secretario de Estado y de la Junta, fecha en Lóndres, á 20 de Julio de 1809. (Véase el *Manifiesto de la Junta Central*, ramo diplomático, documento núm. 141.)

quía.» Rasgo que pinta lo aferrado que estaba en sus máximas el antiguo ministro.

Ahora, muerto el Conde y algun tanto ablandados los partidarios de sus doctrinas, osó Calvo de Rozas proponer de nuevo, en 15 de Abril, el que se convocase la nacion á Córtes. Hubo vocales que todavía anduvieron reacios; mas estando la mayoría en favor de la proposicion, fué ésta admitida á exámen; debiendo ántes discutirse en las diversas secciones en que para preparar sus trabajos se distribuia la Junta.

Por el mismo tiempo dióse algun ensanche á la imprenta, y se permitió la continuacion del periódico intitulado *Semanario patriótico*, obra empezada en Madrid por D. Manuel Quintana, y que los contratiempos militares habian interrumpido. Tomáronla en la actualidad á su cargo D. I. Antillon y D. J. Blanco, mereciendo este hecho particular mencion por el influjo que ejerció en la opinion aquel periódico, y por haberse tratado en él con toda libertad, y por primera vez en España, graves y diversas materias políticas.

Mudado y mejorado así el rumbo de la Junta, aviváronse las esperanzas de los que deseaban unir á la defensa de la patria el establecimiento de buenas instituciones, y se reprimieron aviesas miras de descontentos y perturbadores. Contábanse entre los últimos muchos que estaban en opuestos sentidos, divisándose, al par de individuos del Consejo, otros de las juntas, y amigos de la Inquisicion al lado de los que lo eran de la libertad de imprenta. Desabrido, por lo ménos, se mostró el Duque del Infantado, no olvidando la preferencia que se daba á Venégas, rival suyo desde la jornada de Uclés. Creíase que no ignoraba los manejos y amañes en que ya entónces andaban D. Francisco de Palafox y el Conde del Montijo, persuadido el primero de que bastaba su nombre para gobernar el reino, y arrastrado el segundo de su índole inquieta y desasosegada.

Centellearon chispas de conjuracion en Granada, adonde el de Montijo, teniendo parciales, habia acudido para enseñorearse de la ciudad. Acompañóle en su viaje el general inglés Doyle; y el Conde, atizador siempre oculto de asonadas, movió el 16 de Abril un alboroto, en que corrieron las autoridades inminente peligro. La pérdida de éstas hubiera sido cierta, si el del Montijo al llegar al lance no desmayara, segun su costumbre, temiendo ponerse á la cabeza de un regimiento ganado en favor suyo y de la plebe amotinada. La junta provincial, habiendo vuelto del sobresalto, recobró su ascendiente y prendió á los principales instigadores. Mal lo hubiera pasado su encubierto jefe, si, á ruegos de Doyle, á quien escudaba el nombre de inglés, no se le hubiera soltado con

tal que se alejára de la ciudad. Pasó el Conde á Sanlúcar de Barrameda, y no renunció ni á sus enredos ni á sus tramas. Pero con el malogro de la urdida en Granada desvaneciéronse por entónces las esperanzas de los enemigos de la Central, conteniéndolos también la voz pública, que pendiente de la convocacion de Córtes y temerosa de desuniones, quería más bien apoyar al Gobierno supremo, en medio de sus defectos, que dar pábulo á la ambicion de unos cuantos, cuyo verdadero objeto no era el procomunal.

Miéntras tanto, examinada en las diversas secciones de la Junta la proposicion de Calvo de llamar á Córtes, pasóse á deliberar sobre ella en junta plena. Suscitáronse en su seno opiniones varias, siendo de notar que los individuos que habia en aquel cuerpo más respetables por su riqueza, por sus luces y anteriores servicios sostuvieron con ahinco la proposicion. De su número fueron el presidente Marqués de Astorga, el bailío D. Antonio Valdés, D. Gaspar de Jovellanos, D. Martin de Garay y el Marqués de Camposagrado. Alabóse mucho el voto del último por su concision y firmeza; explayó Jovellanos el suyo con la erudicion y elocuencia que le eran propias; mas excedió á todos en libertad y en el ensanche que quería dar á la convocatoria de Cortes el bailío Valdés, asentando que, salvo la religion católica y la conservacion de la corona en las sienes de Fernando VII, no deberian dejar aquéllas institucion alguna ni ramo sin reformar, por estar todos viciados y corrompidos. Dictámenes que prueban hasta qué punto ya entónces reinaba la opinion de la necesidad y conveniencia de juntar Córtes entre las personas señaladas por su capacidad, cordura y áun aversion á excesos populares. Aparecieron como contrarios á la proposicion don José García de la Torre, D. Sebastian Jócana, don Rodrigo Riquelme y D. Francisco Javier Caro. Abogado el primero de Toledo, magistrados los otros dos de poco crédito por su saber, y el último mero licenciado de la universidad de Salamanca, no parecia que tuviesen mucho que temer de las Córtes ni de las reformas que resultasen, y sin embargo, se oponian á su reunion, al paso que la apoyaban los hombres de mayor valía y que pudieran con más razon mostrarse más asombradizos. A pesar de los encontrados dictámenes, se aprobó por la gran mayoría de la Junta la proposicion de Calvo, y se trató luégo de extender el decreto.

Al principio presentóse una minuta arreglada al voto del bailío Valdés; mas conceptuando que sus expresiones eran harto libres, y áun peligrosas en las circunstancias, y alegando de fuera y por su parte el ministro inglés Frere razones de conveniencia política, varióse el primer

texto, acordando en su lugar otro decreto, que se publicó con fecha de 22 de Mayo (2), y en el que se limitaba la Junta á anunciar «el restablecimiento de la representacion legal y conocida de la monarquía en sus

---

(2) SEVILLA.— *Real decreto de S. M.*— El pueblo español debe salir de esta sangrienta lucha con la certeza de dejar á su posteridad una herencia de prosperidad y de gloria, digna de sus prodigiosos esfuerzos y de la sangre que vierte. Nunca la Junta Suprema ha perdido de vista este objeto, que en medio de la agitacion continua causada por los sucesos de la guerra, ha sido siempre su principal desseo. Las ventajas del enemigo, debidas ménos á su valor que á la superioridad de su número, llamaban exclusivamente la atencion del Gobierno; pero al mismo tiempo hacian más amarga y vehemente la reflexion de que los desastres que la nacion padece han nacido únicamente de haber caido en olvido aquellas saludables instituciones, que en tiempos más felices hicieron la prosperidad y la fuerza del Estado.

La ambicion usurpadora de los unos, el abandono indolente de los otros las fueron reduciendo á la nada, y la Junta, desde el momento de su instalacion, se constituyó solemnemente en la obligacion de restablecerlas. Llegó ya el tiempo de aplicar la mano á esta grande obra, y de meditar las reformas que deben hacerse en nuestra administracion, asegurándolas en las leyes fundamentales de la monarquía, que solas pueden consolidarlas, y oyendo para el acierto, como ya se anunció al público, á los sabios que quieran exponerla sus opiniones.

Queriendo, pues, el Rey, nuestro señor, D. Fernando VII, y en su real nombre la Junta suprema gubernativa del reino, que la nacion española aparezca á los ojos del mundo con la dignidad debida á sus heroicos esfuerzos; resuelta á que los derechos y prerogativas de los ciudadanos se vean libres de nuevos atentados, y á que las fuentes de la felicidad pública, quitados los estorbos que hasta ahora las han obstruido, corran libremente luégo que cese la guerra, y reparen cuanto la arbitrariedad inveterada ha agostado y la devastacion presente ha destruido, ha decretado lo que sigue:

1.º Que se restablezca la representacion legal y conocida de la monarquía en sus antiguas Córtes. Convocándose las primeras en todo el año próximo, ó ántes si las circunstancias lo permitieren.

2.º Que la Junta se ocupe al instante del modo, número y clase con que, atendidas las circunstancias del tiempo presente, se ha de verificar la concurrencia de las diputados á esta augusta asamblea; á cuyo fin nombrará una comision de cinco vocales, que con toda la atencion y diligencia que este eran negocio requiere, reconozcan y preparen todos los trabajos y planes, los cuales, examinados y aprobados por la Junta, han de servir para la convocacion y formacion de las primeras Córtes.

3.º Que ademas de este puto, que por su urgencia llama el primer cuidado, extienda la junta sus investigaciones á los objetos siguientes, para irlos proponiendo sucesivamente á la nacion junta en Córtes.— Medios y recursos para sostener la santa guerra en que con la mayor justicia se halla empeñada la nacion, hasta conseguir el glorioso fin que se ha propuesto.— Medios de asegurar la observancia de las leyes fundamentales del reino.— Medios de mejorar nuestra legislacion, desterrando los abusos introducidos y facilitando su perfeccion.— Recaudacion, administracion y distribucion de las rentas del Estado.— Reformas necesarias en el sistema de instruccion y educacion publica.— Modo de arreglar y sostener un ejército permanente en tiempo de paz y de guerra, conformándo-

antiguas Córtes, convocándose las primeras en el año próximo, ó ántes si las circunstancias lo permitiesen.» Decreto tardío y vago, pero primer fundamento del edificio de libertad, que empezaron después á levantar las Córtes congregadas en Cádiz.

Disponíase tambien, por uno de sus artículos, que una comision de cinco vocales de la Junta se ocupase en reconocer y preparar los trabajos necesarios para el modo de convocar y formar las primeras Córtes, debiéndose, ademas, consultar acerca de ello á várias corporaciones y personas entendidas en la materia.

El no determinarse dia fijo para la convocacion, el adoptar el lento y trillado camino de las consultas, y el haber sido nombrados para la comision indicada, con los Sres. Arzobispos de Laodicea, Castanedo y Jovellanos, los Sres. Riquelme y Caro, enemigos de la resolucion, excitó la sospecha de que el decreto promulgado no era sino engañoso señuelo para atraer y alucinar; por lo que su publicacion no produjo en favor de la Central todo el fruto que era de esperarse.

Poco despues disgustó, igualmente, el restablecimiento de todos los Consejos; á sus adversarios por juzgar aquellos cuerpos, particularmente al de Castilla, opuestos á toda variacion ó mejora; á sus amigos, por el modo como se restablecieron. Segun decreto de 3 de Marzo, debia instalarse de nuevo el Consejo Real y supremo de Castilla, resumiéndose en él todas las facultades que, tanto por lo respectivo á España como por lo tocante á Indias, habian ejercido hasta aquel tiempo los demas Consejos. Por entónces se suspendió el cumplimiento de este decreto, y sólo en 25 de Junio se mandó llevar á debido efecto. La reunion y confusion de todo los Consejos en uno solo fué lo que incomodó á sus individuos y parciales, y la Junta no tardó en sentir de cuán poco le servia dar vida y halagar á enemigo tan declarado.

A pesar de esta alternativa de várias, y al parecer encontradas, providencias, la Junta Central, repetimos, se sostuvo desde el Abril hasta el

se con las obligaciones y rentas del Estado.— Modo de conservar una marina proporcionada á las mismas.— Parte que deban tener las Américas en juntas de Córtes.

4.º Para reunir las luces necesarias á tan importantes discusiones, la Junta consultará los Consejos, juntas superiores de las provincias, tribunales, ayuntamientos, cabildos, obispos y universidades, y oirá á los sabios y personas ilustradas.

5.º Que este decreto se imprima, publique y circule con las formalidades de estilo, para que llegue á noticia de toda la nacion.

Tendréislo entendido y dispondréis lo conveniente para su cumplimiento.— El Marqués de Astorga, *presidente*.— Real alcázar de Sevilla, 22 de mayo de 1809.— A. D. Martin de Garay.

Agosto de 1809 con más séquito y aplauso que nunca, á lo que tambien contribuyó, no sólo haber sido evacuadas algunas provincias del Norte sino el ver que despues de las desgracias ocurridas, se levantaban de nuevo y con presteza ejércitos en Aragon, Extremadura y otras partes.

Rendida Zaragoza, cayó por algun tiempo en desmayo el primero de aquellos reinos. Conociéronlo los franceses, y para no desaprovechar tan buena oportunidad, trataron de apoderarse de las plazas y puntos importantes que todavía no ocupaban. De los dos cuerpos suyos que estuvieron presentes al sitio de Zaragoza, se destinó el quinto á aquel objeto, permaneciendo el tercero en la ciudad, cuyos escombros áun ponian espanto al vencedor. Hubieran querido los enemigos enseñorearse de una vez de Jaca, Monzón, Benasque y Mequinzena. Mas, á pesar de su conato, no se hicieron dueños sino de las dos primeras Plazas, aprovechándose de la flaqueza de las fortificaciones y falta de recursos, y empleando otros medios ademas de la fuerza.

Salió para Jaca el ayudante Fabre, del estado mayor, llevando consigo el regimiento 34 y un auxiliar de nuevo género, que desdecia del pensar y costumbres de los militares franceses. Era éste un fraile agustino, de nombre Fr. José de la Consolacion, misionero, tenido en la tierra en gran predicamento, mas de aquellos cuyo traslado con tanta maestría nos ha delineado el festivo y satírico P. Isla. El 8 de Marzo entró el Fr. José en la plaza, y la elocuencia que ántes empleaba, si bien con poca mesura, por lo ménos en respetables objetos, sirvióle ahora para pregonar su mision en favor de los enemigos de la patria, no siendo aquélla la sola ocasion en que los franceses se valieron de frailes y de medios análogos á los que reprendian en los españoles. Convocó á junta el padre Consolacion á las autoridades y á otros religiosos y saliéndole vanas por esta vez sus predicaciones, fomentó en secreto, ayudado de algunos, la desercion, la cual creció en tanto grado, que no quedando dentro sino poquísimos soldados, tuvo el 21 que rendirse el teniente-rey D. Francisco Campos, que hacia de gobernador. Aunque no fuese Jaca plaza de grande importancia por su fortaleza, éralo por su situacion que impedía comunicarse con Francia. Desacreditóse en Aragon el fraile misionero, prevaleciendo sobre el fanatismo el ódio á la dominacion extranjera.

Perdióse Monzon á principios de Marzo. Habia el 1.º del mes llegado á sus muros el Marqués de Lazan, procedente de Cataluña, y acompañado de la division de que hablamos anteriormente. Adelantóse á la sierra de Alcubierre, hasta que sabedor de la rendicion de Zaragoza y de que los franceses se acercaban, retrocedió al cuarto dia. Don Felipe Pere-

na, á quien habia dejado en Beabegal, tampoco tardó en retirarse á Monzon, en donde luégo apareció con su brigada el general Girard. Informado Lazan de que el frances traia respetable fuerza, caminó la vuelta de Tortosa, y viéndose solo el Gobernador de Monzon, D. Rafael de Anseátegui, desamparó con toda su gente el castillo, evacuando igualmente, la villa los vecinos.

No salieron los franceses tan lucidos en otras empresas que en Aragon intentaron, á pesar del abatimiento que habia sobrecogido á sus habitantes. El mariscal Mortier, jefe, como sabe el lector, del quinto cuerpo, quiso apoderarse en persona y de rebate de Mequinenza, villa sólo amparada de un muro antiguo y de un mal castillo, pero de alguna importancia, por ser llave hácia aquella parte del Ebro, y tener su asiento en donde este rio y el Segre se juntan en una madre. Tres tentativas hicieron en Marzo los enemigos contra la villa; en todas ellas fueron repelidos, auxiliando á los de Mequinenza los vecinos de la Granja, pueblo catalan no muy distante.

Extendiéronse, igualmente, los franceses via de Valencia hasta Morella, de donde exigidas algunas contribuciones, se replegaron á Alcañiz. Por el mediodía de Aragon se enderezaron á Molina enojados del brío que mostraban los naturales, quienes, bajo la buena guía de su junta habian atacado el 22 de Marzo, y ahuyentado en Truecha, 300 infantes y caballos de los contrarios. Por ello, y por verse así cortada la comunicacion entre Madrid y Zaragoza, dirigieron los últimos en gran número contra Molina, de lo que advertida su junta, se recogió á cinco leguas, en las sierras del señorío. Todos los vecinos desampararon la villa, cuyo casco ocuparon los franceses, mas sólo por pocos dias.

Napoleon, en tanto, creyendo que los aragoneses estaban sometidos con la caida de Zaragoza; é importándole acudir á Castilla, á fin de proseguir las operaciones contra los ingleses, determinó que el quinto cuerpo marchase, á últimos de Abril, del lado de Valladolid, poniéndole despues, así como al segundo y sexto, segun ya se dijo, bajo el mando supremo del mariscal Soult.

Quedó, por consiguiente, para guardar á Aragon sólo el tercer cuerpo, regido por el general Junot, quien permaneció allí corto tiempo, habiendo caido enfermo y no juzgándosele capaz de gobernar por sí país tan desordenado y poco seguro. Sucedióle Suchet, que estaba al frente de una de las divisiones del quinto cuerpo, y dejando dicho general á Mortier en Castilla, volvió á Zaragoza y se encargó del mando de la provincia y del tercer cuerpo, cuya fuerza se hallaba reducida, con las pér-

didadas experimentadas en el sitio de aquella ciudad y con las enfermedades, notándose, además, en sus filas muy menguada la virtud militar. Llegó el 19 de Marzo á Zaragoza el general Suchet, con la esperanza de que tendria suficiente espacio para restablecer el órden y la disciplina sin ser incomodado por los españoles.

Mas engañóse, habiendo la Junta Central acordado, con laudable prevision, medidas de que luégo se empezó á recoger el fruto. Debe mirarse como la más principal la de haber ordenado á mediados de Abril la formacion de un segundo ejército de la derecha, que se denominaria de Aragon y Valencia, y cuyo objeto fuese cubrir las entradas de la última provincia é incomodar á los franceses en la otra. Confióse el mando á D. Joaquin Blake, que se hallaba en Tortosa, habiéndole la Central poco ántes enviado á Cataluña, bajo las órdenes de Reding, quien, á su arribo, le destinó á aquella plaza, para mandar la division de Lazan, acuartelada en su recinto. El nuevo ejército debia componerse de esta misma division, que constaba de 4 á 5.000 hombres, y de las fuerzas que aprontase Valencia.

Rica y populosa esta provincia, hubiera, en verdad, podido coadyuvar grandemente á aquel objeto, si reyertas interiores no hubieran, en parte, inutilizado los impulsos de su patriotismo. Habíase su territorio mantenido libre de enemigos desde el Junio del año anterior. Continuaba á su frente la primera junta, que era sobrado turbulenta, y permaneció mucho tiempo mandando como capitan general el Conde de la Conquista, hombre no muy entusiasmado por la causa nacional, que consideraba perdida. En Diciembre de 1808 se recogió allí desde Cuenca, hasta donde habia acompañado al ejército del centro D. José Caro, y con él una corta division. Luégo que llegó éste á Valencia fué nombrado segundo cabo, y prontamente se aumentaron los piques y sinsabores, queriendo el D. José reemplazar en el mando al de la Conquista. No cortó la discordia el Baron de Sabasona, individuo de la Central, enviado á aquel reino en calidad de comisario; buen patricio, pero ignorante, terco y de fastidiosa arrogancia, no era propio para conciliar voluntades desunidas ni para imponer el debido respeto. Anduvieron, pues, sueltas mezquinas pasiones, hasta que por fin, en Abril de 1809, consiguió Caro su objeto, sin que por eso se ahogase, conforme despues verémos, la semilla de enredos, echada en aquel suelo por hombres inquietos. Así fué que Valencia, á pesar de sus muchos y variados recursos, y de tener cerca á Murcia, libre tambien de enemigos, y sujeta en lo militar á la misma capitanía general, no ayudó, por de pronto, á Blake con otra fuerza

que la de ocho batallones apostados en Morella á las órdenes de D. Pedro Roca.

Con éstos, y la division mencionada de Lazan, empezó á formar D. Joaquin Blake el segundo ejército de la derecha. Entónces sólo trató de disciplinarlos, contentándose con establecer una línea de comunicacion sobre el rio Algas y otra del lado de Morella. Mas poco después, animado con que la Central hubiese añadido á su mando el de Cataluña, vacante por muerte de Reding, y sabedor de que la fuerza francesa en Aragon se habia reducido á la del tercer cuerpo, como tambien que muchos de aquellos moradores se movian, resolvió obrar ántes de lo que pensaba, saliendo de Tortosa el 7 de Mayo. Manifestáronse los primeros síntomas de levantamiento hácia Monzon. Sirvieron de estímulo las vejaciones y tropelías que cometian en Barbastro y orillas del Cinca las tropas del general Habert. Dió la señal en principios de Mayo la villa de Albelada, negándose á pagar las contribuciones y repartimientos que le habian impuesto. Enviaron los franceses gente para castigar tal osadía; mas protegidas los habitantes por 700 hombres que de Lérida envió el gobernador D. José Casimiro Lavalle, á las órdenes de los coroneles D. Felipe Perena y D. Juan Baget, no sólo se libertaron del azote que los amagaba, sino que tambien consiguieron escarmentar en Tamarite á los enemigos, cuyo número se retiró á Barbastro, quedando unos 200 en Monzon. Alentados con el suceso los naturales de esta villa, y cansados del yugo extranjero, levantáronse contra sus opresores y los obligaron á retirarse de sus hogares.

Necesario era que los franceses vengasen tamaña afrenta. Dirigieron, pues, crecida fuerza lo largo de la derecha del Cinca, y el 16 cruzaron este rio por el vado y barca del Pomar. Atacaron á Monzon, que guarnecia, con un reducido batallon y un tercio de miqueletes, D. Felipe Perena; creian ya los enemigos seguro el triunfo, cuando fueron repelidos y áun desalojados del lugar del Pueyo. Insistieron al dia siguiente en su propósito, y hasta penetraron en las calles de Monzon; pero acudiendo á tiempo, desde Fonz, D. Juan Baget, tuvieron que retirarse con pérdida considerable. Escarmentados de este modo, pidieron socorro á Barbastro, de donde salieron con presteza en su ayuda 2.000 hombres. Desgraciadamente para ellos, el Cinca, hinchándose con las avenidas, salió de madre y les impidió vadear sus aguas. Separados por este incidente, y sin poder comunicarse los franceses de ambas orillas, conocieron su peligro los que ocupaban la izquierda, y para evitarle corrieron hacia Albalate, en busca del puente de Fraga. Habia ántes previsto su

movimiento el gobernador español de Lérida, y se encontraron con que aquel paso estaba ya atajado. Revolvieron entonces sobre Fonz y Estadilla, queriendo repasar el Cinca del lado de las montañas situadas en la confluencia del Esera. Hostigados allí por todos lados, faltos de recursos y sin poder recibir auxilio de sus compañeros de la margen derecha, tuvieron que rendirse éstos, que en vano habian recorrido toda la izquierda, entregándose prisioneros el 21 de Mayo á los jefes Perena y Baget, en número de unos 600 hombres. Encendióse más y más, con hecho tan glorioso, la insurreccion del paisanaje, y fué estimulado Blake á acelerar sus movimientos.

Ya este general, después de su salida de Tortosa, se habia aproximado á la division francesa que en Alcañiz y sus alrededores mandaba el general Laval, obligándole á evacuar aquella ciudad el 18 del mes de Mayo. Los enemigos todavía no tenian por allí numerosa fuerza, pues dicha division no permanecia entera y reunida en un punto, sino que, acantonada se extendia hasta Barbastro, mediando el Ebro entre sus esparcidos trozos. Nada hubiera importado á los franceses semejante desparramamiento sino perdieran á Monzon y si impensadamente no se hubiera aparecido D. Joaquin Blake, cuyos dos acontecimientos supiéronse en Zaragoza el 20, á la propia sazón que Suchet acababa de tomar el mando.

Se desvanecieron, por consiguiente, los planes de este general de mejorar el estado de su ejército ántes de obrar, y en breve se preparó á ir á socorrer á su gente. Dejó en Zaragoza pocas tropas, y llevando consigo la mayor parte de la segunda division, marchó á reforzar la primera, del mando de Laval, que se reconcentraba en las alturas de Híjar. Juntas ambas ascendían á unos 8.000 hombres, de los que 600 eran de caballería. Arengó Suchet á sus tropas, recordándoles pasadas glorias, y yendo adelante, se aproximó á Alcañiz, en donde ya estaba apostado D. Joaquin Blake. Contaba por su parte el general español, reunidas que fueron la divisiones valenciana de Morella y aragonesa de Tortosa, 8.176 infantes y 481 caballos.

La derecha, al mando de D. Juan Carlos de Areizaga, se alojaba en el cerro de los Pueyos de Fórnoles; la izquierda, gobernada por D. Pedro Roca, permaneció en el Cabezo ó cumbre baja de Rodríguez, situándose el centro en el de Capuchinos, á las inmediatas órdenes del General en jefe y de su segundo, el Marqués de Lazan. Corria á la espalda del ejército el rio Guadalupe, y más allá se descubria, colocada en un recuesto, la ciudad de Alcañiz.

A las seis de la mañana del 23 aparecieron los enemigos por el camino de Zaragoza, retirándose, á su vista, la vanguardia española, que regía D. Pedro Tejada. Pusieron aquéllos su primer conato en apoderarse de la ermita de Fórnoles, atacando el cerro por el frente y flanco derecho, al mismo tiempo que ocupaban las alturas inmediatas. Contestaron con acierto los nuestros á sus fuegos, y repelieron despues con serenidad y vigorosamente una columna sólida de 900 granaderos, que marchaba arma al brazo y con grande algazara. Queriendo entónces el general Blake causar diversion al enemigo, envió contra su centro un trozo de gente escogida, al mando de D. Martin de Menchaca. No estorbó esta atinada resolucion el que Suchet repitiese sus ataques para enseñorearse de la ermita de Fórnoles si bien infructuosamente, alcanzando gloria y prez Areizaga y los españoles que defendian el puesto. Enojados los franceses al ver cuán inútiles eran sus esfuerzos, revolvieron sobre Menchaca, que acometido por superiores fuerzas, tuvo que recogerse al cerro de la mencionada ermita. Extendióse en seguida la pelea al centro e izquierda española, avanzando una columna enemiga por el camino de Zaragoza con tal impetuosidad, que por de pronto todo lo arrolló. Mandábala el general frances Fabre, y sus soldados llegaron al pié de las baterías españolas del centro, en donde los contuvo y desordenó el fuego vivísimo de los infantes y el bien acertado á metralla de la artillería, que gobernaba don Martin García Loigorri. Rota y deshecha esta columna, tuvieron los enemigos que replegarse, dejando el camino de Zaragoza cubierto de cadáveres. Nuestras tropas picaron algun trecho su retirada, y no insistió Blake en el perseguimiento, por la desconfianza, que le inspiraba su propia caballería, que anduvo floja en aquella jornada. Perdieron los españoles de 200 á 300 hombres; los franceses unos 800, quedando herido levemente en un pié el general Suchet. Prosiguieron los últimos por la noche su marcha retrógrada, y tal era el terror infundido en sus filas, que esparcida la voz de que llegaban los españoles, echaron sus soldados á correr, y mezclados y en confusion llegaron á Samper de Calanda. Avergonzados con el dia, volvieron en sí, y pudo Suchet recogerse á Zaragoza, cuyo suelo pisó de nuevo el 6 de Junio.

Satisfecho Blake de haber reanimado á sus tropas con la victoria alcanzada, limitóse durante algunos dias á ejercitarlas en las maniobras militares, mudando únicamente de acantonamientos. La Junta de Valencia acudió en su auxilio con gente y otros socorros, y la Central, estableciendo un parte ó correo extraordinario dos veces por semana, mantuvo activa correspondencia, remitiendo en oro y por conducto tan expedito

los suficientes caudales. Reforzado el general Blake, y con mayores recursos, se movió camino de Zaragoza, confiando tambien en que el entusiasmo de las tropas supliria hasta cierto punto lo que les faltase de aguerridas.

Por su parte el general Suchet tampoco desperdió el tiempo que le habia dejado su contrario, pues acampando su gente en las inmediaciones de Zaragoza, procuró destruir las causas que habian algun tanto corrompido la disciplina. Formó igualmente, con objeto de evitar cualquiera sorpresa, atrincheramientos en Torrero y á lo largo de la acequia, barreó el arrabal, mejoró las fortificaciones de la Aljafería, y envió camino de Pamplona lo más embarazoso de la artillería y del bagaje.

En las apuradas circunstancias que le rodeaban, no sólo tenía que prevenirse contra los ataques de Blake, sino también contra las asechanzas de los habitantes y los esfuerzos de varios partidarios. De éstos se adelantó orillas del Jalon un cuerpo franco de 1.000 hombres, al mando del coronel don Ramon Gayan, y por el lado de Monzon é izquierda del Ebro acercóse al puente del Gállego el brigadier Perena. De suerte que otro descalabro como el de Alcañiz bastaba para que tuviesen los franceses que evacuar á Zaragoza y dejar libre el reino de Aragon.

Afanado así el general Suchet, y lleno de zozobra, ocupábase, sobre todo, en averiguar las operaciones de D. Joaquin Blake, cuando supo que éste se aproximaba. Preparóse, pues, á recibirle, y dejando la caballería en el Burgo, distribuyó los peones entre el monte Torrero y el monasterio de Santa Fe, camino de Madrid, al paso que destacó á Muel al general Fabre con 1.200 hombres.

El ejército español proseguia su movimiento, y engrosadas sus filas con nuevas tropas reunidas de várias partes, pasaba su número de 17.000 hombres. De ellos hallábase el 13 avanzada en Botorrita la division de D. Juan Cárlos de Areizaga, estando en Fuentetodos, con los demas, D. Joaquin Blake. Noticioso este general de que Fabre se habia adelantado de Muel á Longares, apresuró su marcha en la misma tarde con intento de coger al francés entre sus tropas y las de Areizaga. Mas aquél, viéndose cortado del lado de Zaragoza, abandonó un convoy de víveres y se retiró á Plasencia de Jalon. Inútilmente corrió en su ayuda la segunda division francesa, que ni pudo abrir la comunicacion ni apoderarse del puesto que en Botorrita ocupaba Areizaga, teniendo al fin que replegarse, sabedora de que venía sobre ella el grueso del ejército español.

Cerciorado de lo mismo el general Suchet, y resuelto á combatir, tomó sus disposiciones. La fuerza con que contaba ascendia á unos 12.000

hombres, debiéndose juntar en breve dos regimientos procedentes de Tudela, y Fabre, que desde Plasencia caminaba á Zaragoza. La disciplina de sus soldados se habia mejorado, mostrándose más serenos y animados que en Alcañiz.

En la mañana del 15 el general Blake, luégo que llegó á María, distante dos leguas y media de Zaragoza, pasó más allá y cruzó el arroyo que pasa por delante de aquel pueblo. Su ejército estaba distribuido en columnas, mandadas por coroneles, y le colocó sobre unas lomas, repartido en dos líneas. La primera de éstas la mandaba D. Pedro Roca, y en ella se mantuvo desde el principio D. Joaquin Blake. Estaba al frente de la segunda el Marqués de Lazan. Situóse sobre la derecha, que era la parte más llana, la caballería, capitaneada por el general Odonojú, con algunos infantes, apoyándose en el Huerba, cuyas dos orillas ocupaba. La fuerza allí presente no pasaba de 12.000 hombres, continuando destacada en Botorrita la division de Areizaga, compuesta de 5.000 combatientes.

Enfrente, y á corta distancia del nuestro, se divisaba el ejército francés, guiado por su general Suchet. Los españoles permanecian quietos en su puesto, y los enemigos no se apresuraron á empeñar la acción hasta las dos de la tarde, que les llegó el refuerzo de los regimientos de Tudela. Entónces, habiendo dejado de antemano en Torrero al general Laval para tener en respeto á Zaragoza, movióse Suchet por el frente, haciendo otro tanto los españoles. Dieron éstos muestras de flanquear con su izquierda la derecha de los enemigos, lo cual estorbó el general frances, reforzándola, hasta querer por aquella parte romper nuestras filas. Separaba á entrambos ejércitos una quebrada, que recibió órden de cruzar el general Musnier, á quien no sólo repelieron los españoles, sino que reforzada su izquierda con gente de la derecha, le desordenaron y deshicieron. Acudió en su auxilio, por mandato de Suchet, el intrépido general Harispe, consiguiendo, aunque herido, restablecer entre sus tropas el ánimo y la confianza. En aquella hora sobrevino una horrosa tronada, con lluvia y viento, que casi suspendió el combate, impidiendo á ambos ejércitos el distinguirse claramente.

Serenado el tiempo, pensó Suchet que sería más fácil romper la derecha, no colocada tan ventajosamente, y en donde se hallaba la caballería, inferior á la suya en número y disciplina. Así fué que con una columna avanzó de aquel lado el general Habert, precediéndole Vattier con dos regimientos de caballería. Ejecutada la operacion con celeridad, se vieron arrollados los jinetes españoles y rota la derecha, apoderándo-

se los franceses de un puentecillo, por el cual se cruzaba el arroyo colocado detras de nuestra provision. Permaneció, no obstante, firme en ésta D. Joaquin Blake, y ayudado de los generales Lazan y Roca, resistió durante largo rato, y con denuedo á las impetuosas acometidas que por el frente y oblicuamente hicieron los franceses. Al fin, flaqueando algunos cuerpos españoles, se arrojaron todos abajo de las lomas que ocupaban, en cuyas hondonadas, formándose barrizales con la lluvia de la tormenta, se atascaron muchos cañones, de los que en todo se perdieron hasta unos quince. Fueron cogidos prisioneros el general Odonojú y el coronel Menchaca, siendo bastantes los muertos.

Retiráronse después los españoles sin particular molestia, uniéndose en Botorrita á la division de Areizaga, que lastimosamente no tomó parte en la accion. Ignoramos las razones que asistieron á don Joaquin Blake para tenerla alejada del campo de batalla. Si fué con intento de buscar en ella refugio en caso de derrota, lo mismo le hubiera encontrado teniéndola más cerca y á su vista, con la diferencia de que empleados oportunamente sus soldados al desconcertarse la derecha, muy otro hubiera sido el éxito de la refriega, bien disputada por nuestra parte, recientes todavía los laureles de Alcañiz, y desasosegados los franceses con la terrible imágen de Zaragoza, que á la espalda aguardaba silenciosa su libertad.

El general Suchet volvió por la noche á aquella ciudad, mandando al general Laval que de Torrero caminase á amenazar la retaguardia de los españoles. Permaneció D. Joaquin Blake el 16 en Botorrita, resuelto á aguardar á los franceses; pudiera haberle costado cara semejante determinacion, si el general Laval, descarriado por sus guías, no se hubiese retardado en su marcha. Admiróse Suchet al saber que Blake, aunque derrotado, se mantenía en Botorrita, de cuyo punto no se hubiera tan pronto movido si el amo de la casa donde almorzó Laval no le hubiese avisado de la marcha de éste. Así el patriotismo de un individuo preservó quizás al ejército español de un nuevo contratiempo.

Advertido Blake, abrevió su retirada, sin que por eso hubiese ántes habido ningun empeñado choque. Siguióle Suchet, el 17, hasta la Puebla de Alborton, y el 18 ambos ejércitos se encontraron en Belchite. No era el de Blake más numeroso que en María, pues si bien por una parte se le unió la division de Areizaga y un batallon del regimiento do Granada, procedente de Lérida, por otra habíase perdido en la accion mucha gente entre muertos y extraviados, y separándose el cuerpo franco de don Ramon Gayan. Además, la disposicion de los ánimos era diversa, decaí-

dos con la desgracia. Lo contrario sucedia á los franceses, que, recobrado su antiguo aliento y contando casi las mismas fuerzas, podian confiadamente ponerse al riesgo de nuevos combates.

Está Belchite situado en la pendiente de unas alturas que le circuyen de todos lados, excepto por el frente y camino de Zaragoza, en donde yacen olivares y hermosas vegas, que riegan las aguas de la cuba ó pantano de Almonacid. Don Joaquin Blake puso su derecha en el Calvario, colina en que se respalda Belchite; su centro en Santa Bárbara, punto situado en el mismo pueblo, habiendo prolongado su izquierda hasta la ermita de Nuestra Señora del Pueyo. En algunas partes formaba el ejército tres líneas. Guarneciéronse los olivares con tiradores, y se apostó la caballería camino de Zaragoza. Aparecieron los franceses por las alturas de la Puebla de Alborton, atacando principalmente nuestra izquierda la division del general Musnier. Amagó de léjos la derecha el general Habert, y tropas ligeras entretuvieron el centro con várias escaramuzas. A él se acogieron luégo nuestros soldados de la izquierda, agrupándose al rededor de Belchite y Santa Bárbara, lo que no dejó ya de causar cierta confusion. Sin embargo, nuestros fuegos respondieron bien, al principio, á los de los contrarios, y por todas partes se manifestaban al ménos deseos de pelear honradamente. Mas á poco, incendiándose dos ó tres granadas españolas, y cayendo una del enemigo en medio de un regimiento; espantáronse unos, cundió el miedo á otros, y terror pánico se extendió á todas las filas, siendo arrastrados en el remolino, mal de su grado, áun los más valerosos. Solos quedaron, en medio de la posicion, los generales Blake, Lazan y Roca, con algunos oficiales; los demas casi todos huyeron ó fueron atropellados. Sentimos, por ignorarlo, no estampar aquí, para eterno baldon, el nombre de los causadores de tamaña afrenta. Como la dispersion ocurrió al comenzarse la refriega, pocos fueron los muertos y pocos los prisioneros, ayudando á los cobardes el conocimiento del terreno. Perdiéronse nueve ó diez cañones que quedaban despues de la batalla de María, y perdióse, sobre todo, el fruto de muchos meses de trabajos, afanes y preparativos. Aunque es cierto que no fué D. Joaquin Blake quien dió inmediata ocasion á la derrota, censuróse, con razon, en aquel general la extremada confianza de aventurar una segunda accion tres dias despues de la pérdida de María, debiendo temer que tropas nuevas como las suyas no podian haber olvidado tan pronto tan reciente y grave desgracia.

Los franceses avanzaron el mismo dia 18 á Alcañiz. Los españoles se retiraron en más ó en ménos desórden á puntos diversos; la division ara-

gonesa de Lazan á Tortosa, de donde habia salido; la de Valencia á Morella y San Mateo; acompañaron á ambas varios de los nuevos refuerzos; algunos tiraron á otros lados. Tambien, repartiendo en columnas su ejército el general frances, dirigió una la vuelta de Tortosa, otra del lado de Morella, y apostó al general Musnier en Alcañiz y orillas de Guadalupe. En cuanto á él, despues de pasar en persona el Ebro por Caspe, de reconocer á Mequinenza y de recuperar á Monzon, volvió á Zaragoza, habiendo dejado de observacion en la línea del Cinca al general Habert.

Ganada la batalla de Belchite, si tal nombre merece, y despejada la tierra, figuróse Suchet que sería árbitro de entregarse descansadamente al cuidado interior de su provincia. En breve se desengañó, porque, animados los naturales al recibo de las noticias de otras partes, y engrosándose las guerrillas y cuerpos francos con los dispersos del ejército vencido, apareció la insurreccion, como verémos despues, más formidable que ántes, encarnizándose la guerra de un modo desusado.

Desde Tortosa volvió el general Blake la vista al norte de Cataluña, y en especial la fijó en Gerona, de cuyo sitio y anexas operaciones suspenderémos hablar hasta el libro próximo, por no dividir en trozos hecho tan memorable. En lo demas de aquel principado continuaron tropas destacadas, somatenes y partidas incomodando al enemigo, pero de sus esfuerzos no se recogió abundante fruto, faltando en aquellas lides el debido órden y concierto.

Tampoco cesaban las correspondencias y tratos con Barcelona, y fué notable y de tristes resultas lo que ocurrió en Mayo. Tramábase ganar la plaza por sorpresa. El general interino del Principado, Marqués de Coupigny, se entendia con varios habitantes, debiendo una division suya entrar el 16 á hurtadillas y por la noche en la ciudad, al mismo tiempo que del lado de la marina dividiesen fuerzas navales á los franceses. Mas avisados éstos, frustraron la tentativa, arrestando á varios conspiradores, que el 3 de Junio pagaron públicamente su arrojo con la vida. Entre ellos, reportado y con firmeza, respondió al interrogatorio que precedió al suplicio, el doctor Pou, de la universidad de Cervera; no ménos atrevido se mostró un mozo del comercio, llamado Juan Massana, quien, ofendido de la palabra *traidor* con que le apellidó el general frances, replicó: «El traidor es V. E., que con capa de amistad se ha apoderado de nuestras fortalezas.» Recompensó el patíbulo tamaño brío.

Habia alterado al gobierno de José la excursion de Blake en Aragon, á punto de pedir á Saint-Cyr que de Cataluña cayese sobre la retaguardia del general español. Graves razones le asistian para tal cui-

dado, pues ademas de las inmediatas resultas de la campaña, temia el influjo que podia ésta ejercer en el mediodía de España, donde el estado de cosas cada dia presagiaba extensas é importantes operaciones militares. Por lo cual será bien que, volviendo atras, relatemos lo que por allí pasaba.

Despues de la batalla de Medellin habia sentado el mariscal Victor sus reales en Mérida, ciudad célebre por los restos de antigüedades que áun conserva, y desde la cual, situada en feraz terreno, se podia fácilmente observar la plaza de Badajoz y tener en respeto las reliquias del ejército de don Gregorio de la Cuesta. Para mayor seguridad de sus cuarteles fortificó el mariscal frances la casa del *Conventual*, residencia hoy de un provisor de la órden de Santiago, y ántes parte de una fortaleza edificada por los romanos, divisándose todavía del lado de Guadiana, en el lugar llamado el Mirador, un murallon de fábrica portentosa. En lo interior establecieron los franceses un hospital y almacenaron muchos bastimentos.

De Mérida destacaron los enemigos á Badajoz algunas tropas é intimaron la rendicion á la plaza, confiados en el terror que habia infundido la jornada de Medellin, y tambien en secretos tratos. Salió su esperanza vana, respondiendo á sus proposiciones la Junta provincial á cañonazos. Era en esta parte tan unánime la opinion de Extremadura, que por entónces no consiguió el mariscal Victor que pueblo alguno prestase juramento ni reconociese el gobierno intruso. Sólo en Mérida obtuvo de varios vecinos, casi á la fuerza, que firmasen una representacion congratulatoria á José; mas el acto produjo tal escándalo en toda la provincia, que al decretar la Junta contra los firmantes formacion de causa, prefirieron éstos comparecer en Badajoz y correr todo riesgo á mancillar su fama con la tacha de traidores. Su espontánea presentacion los libertó de castigo. No era extraño que los naturales mirasen con malos ojos á los que seguian las banderas del extranjero, cuando éste saqueaba y asolaba horrorosamente la desgraciada Extremadura.

Por lo demas, Victor habia permanecido inmoble despues de lo de Medellin, no tanto porque temiese invadir la Andalucía, cuanto por ser principal deseo del Emperador la ocupacion de Portugal. Ya dijimos fuera su plan que al tiempo que Soult penetrase aquel reino via de Galicia, otro tanto hiciesen Lapisse por Ciudad-Rodrigo y Victor por Extremadura. La falta de comunicaciones impidió dar á lo mandado el debido cumplimiento, dificultándose éstas á punto de que se interrumpieron áun entre los dos últimos generales. Ocasiónóles tamaño embarazo sir Roberto

Wilson, quien, ántes de pasar á Portugal en cooperacion de Wellesley, habia destacado dos batallones al puerto de Baños, y cortado así la correspondencia á los enemigos. Incomodados éstos con tales obstáculos, estuviéronlo mucho más con la insurreccion del paisanaje, que cundió por toda la tierra de Ciudad-Rodrigo, de manera que temiendo Lapisse no entrar en Portugal á tiempo, determinó pasar á Extremadura y obrar de acuerdo con Victor. Así lo verificó, haciendo una marcha rápida sobre Alcántara por el puerto de Perales.

Los vecinos de aquella villa trataron de defender la entrada, apostándose en su magnífico puente; mas, vencidos, penetraron los franceses dentro, y en venganza todo lo pillaron y destruyeron, sin que respetasen ni áun los sepulcros. Diéronse, no obstante, los últimos priesa á evacuarla, continuando por la noche su camino, temerosos del coronel Grant y de D. Cárlos de España, que seguian su huella, y los cuales, entrando por la mañana en Alcántara, se hallaron con el espantoso espectáculo de casas incendiadas y de calles obstruidas de cadáveres. Se incorporó en seguida Lapisse con Victor, en Mérida, el 19 de Abril.

Entónces, prevaleciendo ante todo en la mente de los franceses la invasion de Portugal, mandó José al mariscal Victor que en union con el general Lapisse marchase la vuelta de aquel reino. Parecia oportuno momento para cumplir, á lo ménos en parte, el plan del Emperador, pues á la propia sazón se enseñoreaba el mariscal Soult de la provincia de Entre-Duero-y-Miño.

Encaminóse, pues, Victor hácia Alcántara, poniendo al cuidado de Lapisse repasar el puente, ocupado á su llegada por el coronel inglés Mayne, quien en ausencia de Wilson al norte de Portugal, mandaba la legion lusitana. Quiso el inglés volar un arco del puente, y no habiéndolo conseguido, se replegó el 14 de Mayo á su antigua posicion de Castello-Branco. Hasta allí, despues de cruzar el Tajo, envió Lapisse sus descubiertas por querer el mariscal Victor ir más adelante; mas, aunque resuelto á ello, detuvieron á éste temores del general Mackenzie, el cual, segun apuntamos en el libro anterior, apostado en Abrántes al avanzar Wellesley á Oporto, salió al encuentro de los franceses para prevenir su marcha. El movimiento del inglés, y voces vagas que empezaron á correr de la retirada de Soult de las orillas del Duero, decidieron á Victor, no sólo á desistir de su primer propósito, sino tambien á retroceder á Extremadura.

Por su parte D. Gregorio de la Cuesta, luégo que supo la partida de aquel mariscal, movióse con su ejército, rehecho y engrosado, y puso los

reales en la Fuente del Maestre, amagando, sin estrecharle, al Conventual de Mérida, que guarnecian los franceses. Victor, al volver de su correría, se colocó en Torremocha, vigilando sus puestos avanzados los pasos de Tajo y Guadiana. Pero su inútil tentativa contra Portugal, el haber asomado ingleses á los lindes extremeños, y el reequipo y aumento del ejército de Cuesta dieron aliento á la poblacion de las riberas del Tajo, la cual, interceptando las comunicaciones, molestó continuamente á los enemigos. Mucho estimuló á la insurreccion la Junta de Extremadura, enviando para dirigirla á D. José Joaquin de Ayesteran y á D. Francisco Longedo, quienes, de acuerdo con D. Miguel de Quero, que ya ántes habia empezado á guerrear en la Higuera de las Dueñas, provincia de Toledo, juntaron un cuerpo de 600 infantes y 100 caballos, bajo el nombre de voluntarios y lanceros de Cruzada del valle de Tiétar. Recorriendo la tierra, molestaron los convoyes enemigos, y fueron notables más adelante dos de sus combates, uno trabado el 29 de Junio, en el pueblo de Menga, con las tropas del general Hugo, comandante de Ávila; otro el que sostuvieron el 1.º de Julio en el puente de Tiétar, y de cuyas resultas cogieron á los franceses mucho ganado lanar y vacuno.

Se agregó despues esta gente á la vanguardia del ejército de Cuesta.

Miéntas tanto el mariscal Victor, viendo lo que crecia el ejército español, y temeroso de las fuerzas inglesas, que se iban arrimando á Castello-Branco, repasó el Tajo, situándose el 19 de Junio en Plasencia. Poco ántes envió un destacamento para volar el famoso puente de Alcántara, admirable y portentosa obra del tiempo de Trajano, que nunca fuera tan maltratada como esta vez, habiéndose contentado los moros y los portugueses en antiguas guerras con cortar uno de sus arcos más pequeños.

Otras atenciones obligaron luégo á Victor á mudar de estancia. En la Mancha y asperezas de Sierra-Morena, despues que Venégas tomó el mando de aquel ejército, se habian aumentado sus filas, ascendiendo el número de hombres, á principios de Junio, á unos 19.000 infantes y 3.000 caballos. Para no permanecer ocioso y foguear su gente, resolvió Venégas salir en 14 del mismo mes de las estrechuras de la Sierra y sus cercanías, y recorrer las llanuras de la Mancha. Alcanzaron sus partidas de guerrilla algunas ventajas, y el 28 de Junio, la division de vanguardia, regida por D. Luis Lacy, escarmentó con gloria al enemigo en el pueblo de Torralba.

La repentina marcha de Venégas asustó en Madrid á José, ya inquieto, segun henos dicho, con la entrada de Blake en Aragon. Así fué que, al paso que ordenó á Mortier que se aproximase por el lado de Castilla

la Vieja á las sierras de Guadarrama, previno al mariscal Victor que poniéndose sobre Talavera, le enviase una division de infantería y caballería ligera. Agregada esta fuerza á sus guardias y reserva, se metió José desde Toledo en la Mancha, y uniéndose con el cuarto cuerpo, del mando de Sebastiani, avanzó hasta Ciudad-Real. Venégas, que por entónces no pensaba comprometer sus huestes, replegóse á tiempo, y ordenadamente tomó á Santa Elena. Penetró el rey intruso hasta Almagro, y no osando arriscarse más adentro, se restituyó á Madrid, devolviendo al mariscal Victor las tropas que de su cuerpo de ejército habia entresacado.

Tales fueron las marchas y correrías que precedieron en Extremadura y Mancha á la campaña llamada de Talavera, la cual, siendo de la mayor importancia, exige que ántes de entrar en la relacion de sus complicados sucesos contemos las fuerzas que para ella pusieron en juego las diversas partes beligerantes.

De los ocho cuerpos en que Napoleon distribuyó su ejército al hacer, en Octubre de 1808, su segunda y terrible invasion, incorporóse más tarde el de Junot con los otros, reduciéndose, por consiguiente, á siete el número de todos ellos. Cinco fueron los que casi en su totalidad coadyuvaron á la campaña de Talavera. Tres, el segundo, quinto y sexto, acantonados en Julio en Valladolid, Salamanca y tierra de Astorga, bajo el mando supremo del mariscal Sault, y el primero y cuarto, alojados por el mismo tiempo en la Mancha y orillas del Tajo hácia Extremadura. Concurrió tambien de Madrid la reserva y guardia de José, pudiéndose calcular que el conjunto de todas estas tropas rayaba en 100.000 hombres. De los españoles vinieron sobre aquellos puntos los ejércitos de Extremadura y Mancha, el primero de 36.000 combatientes, el segundo de unos 24.000. La fuerza de Wellesley, acampada en Abrántes despues de su vuelta de Galicia, aunque engrosada con 5.000 hombres, no excedia de 22.000, menguada con los muertos y enfermos. Pasaban de 4.000 portugueses y españoles los que regia el bizarro sir Roberto Wilson; de los últimos dos batallones habian sido destacados del ejército de Cuesta. Además, 15.000 de los primeros, que disciplinaba el general Beresford, desde el Águeda se trasladaron despues hácia Castello-Branco. Por manera que el número de hombres llamado á lidiar ó á cooperar en la campaña era, de parte de los franceses, segun acabamos de decir, de unos 100.000, y de casi otro tanto la de los aliados, con la diferencia de ser aquéllos homogéneos y aguerridos, y éstos de vária naturaleza y en su mayor parte noveles y poco ejercitados en las armas.

El general Wellesley, aunque al desembarcar en Lisboa habia conceptuado como más importante la destruccion del mariscal Victor, empezó, sin embargo, conforme relatamos, por arrojar á Soult de Portugal para caer despues más desembarazadamente sobre el primero. Así se lo habia ofrecido al gobierno español al ir á Oporto, rogando que en el intermedio evitasen los generales españoles de Extremadura y Mancha todo serio reencuentro con los franceses. Cumplióse por ambas partes lo prometido; vióse forzado Soult á evacuar á Portugal, y Wellesley, despues de haber dado descanso y respiro á sus tropas en Abrántes, salió de allí el 27 de Junio, poniéndose en marcha hácia la frontera de Extremadura.

Andaban los franceses divididos acerca del plan que convendria adoptar en aquellas circunstancias. José deseaba conservar lo conquistado, y sobre todo no abandonar á Madrid, pensando, quizá con razon, que la evacuacion de la capital imprimiria en los ánimos errados sentimientos, en ocasion en que áun se mostraba viva la campaña de Austria. El mariscal Soult, ateniéndose á reglas de la más elevada estrategia, prescindia de la posesion de más ó ménos territorios, y opinaba que se obrase en dos grandes cuerpos ó masas, cuyos centros se establecieran, uno en Toro, donde él estaba, y otro donde José residia.

Despues de la vuelta de Soult á Castilla nada de particular habia ocurrido allí, esforzándose solamente dicho mariscal por arreglar y reconcentrar los tres cuerpos que el Emperador habia puesto á su cuidado. Encontró en ello estorbos, así en algunas providencias de José, que habia, segun se dijo, llamado hácia Guadarrama á Mortier, y así en la mal dispuesta voluntad del mariscal Ney, quien picado de la preferencia dada por el Emperador á su compañero, queria separarse, so pretexto de enfermedad, del mando del sexto cuerpo. Embarazaban tambien escaseces de varios efectos, y sobre todo el carecer de artillería el segundo cuerpo, abandonada á su salida de Portugal. Para remover tales obstáculos, pedir auxilios y predicar en favor de su plan, envió Soult á Madrid al general Foy, que en posta partió el 19 de Julio. Tornó éste el 24 del mismo, y aunque se remediaron las necesidades más urgentes y se compusieron hasta cierto punto las desavenencias entre Ney y Soult, no se accedió al plan de campaña que el último proponia, atento solamente José á conjurar el nublado que le amenazaba del lado del Tajo.

Manteníase en Extremadura tranquilo D. Gregorio de la Cuesta, en espera del movimiento del general Wellesley, no habiendo emprendido, aunque bien á su pesar, accion alguna de gravedad. Hubo solamente

choques parciales, y honró á los armas españolas el que sustuvo en Aljucen D. José de Zayas, y otro que con no menor dicha trabó en Medellín el brigadier Rivas. Forzoso lo era al anciano general reprimir su impaciencia, pues tal orden tenia de la Junta Central. Limitábase á avanzar siempre que los franceses retrocedian, y al situarse en Plasencia el mariscal Victor el 19 de Junio, sentó Cuesta, el 20 del mismo, sus cuarteles en las Casas del Puerto, orilla izquierda del Tajo. Allí aguardó á que adelantasen los ingleses, enviando al comisionado de esta nacion, coronel Bourke, á proponer á su general el plan que le parecia más oportuno para abrir la campaña.

Sir Arturo Wellesley, despues de levantar el 27 de Junio su campo de Abrantes, prosiguió su marcha, y estableció el 8 de Julio su cuartel general en Plasencia, pasando el 10 á avistarse con Cuesta en las Casas del Puerto. Conferenciaron entre sí largamente ambos generales, y propuestos varios planes, se adoptó al fin el siguiente, como preferible y más acomodado. Sir Roberto Wilson, con la fuerza de su mando y dos batallones que Cuesta le proporcionaria, habia de marchar el 16 por la vera de Plasencia con direccion al Alberche, ocupando hasta Escalona los pueblos de la orilla derecha; el 18 cruzaria el ejército británico por la Bazagona el Tiétar, en que se habia echado un puente provisional, y dirigiéndose por Majadas y Centenilla á Oropesa y al Casar, habia de extender su izquierda hasta San Roman y ponerse en contacto con la division de Wilson. El ejército español de Cuesta, cruzando el 19 el Tajo por Almaraz y Puente del Arzobispo, habia de seguir el camino real de Talavera, y ocupar el frente del enemigo desde el Casar hasta el puente de tablas que hay sobre el Tajo en aquella ciudad, mas procurando en su marcha no embarazar la del ejército aliado. Tambien se acordó que Venégas, cuyo cuartel general estaba entónces en Santa Cruz de Mudela, y que dependia, hasta cierto punto, de Cuesta, avanzase si la fuerza del general Sebastiani no era superior á la suya, y que, pasando el Tajo por Fuentidueña, se pudiese sobre Madrid, debiendo retroceder á la Sierra por Tarancon y Torrejoncillo, en caso que acudiesen contra él tropas numerosas. Agradó este plan por lo respectivo al movimiento de Cuesta y de los ingleses; no pareció tan atinado en lo tocante á Venégas, cuyo ejército, alejándose demasiado del centro de operaciones, ni podia fácilmente darse la mano con los aliados en cualquiera mudanza de plan que hubiese, ni era posible acudir con prontitud en su auxilio si aceleradamente caian, reforzados, sobre él los enemigos.

Acordes Cuesta y Wellesley, volvió el último á Plasencia, e impensa-

damente escribió el 16 al ayudante general D. Tomas Odonojú, diciéndole que, si bien estaba pronto á ejecutar el plan convenido, desprovisto su ejército de muchos artículos, y sobre todo de transportes, podrian quizá presentarse dificultades inesperadas; y despues añadía con tono más acerbo que en todo país en que se abre una campaña, debiendo los naturales proveer de medios de subsistencia, si en este caso no se proporcionaban, tendria España que pasarse sin la ayuda de los aliados. Tal fué la primera queja que de este género se suscitó. Habia la Junta Central ofrecido suministrar cuantos auxilios estuviesen en su mano, y en efecto, expidió órdenes premiosas á las juntas de Badajoz, Plasencia y Ciudad-Rodrigo, para hacer abundantes acopios de todos los artículos precisos á la subsistencia del ejército británico, escogiendo, ademas, á D. Juan Lozano de Torres, con los correspondientes comisarios de guerra, para que lo saliesen á recibir á la frontera de España. Semejantes resoluciones pudieran haber bastado en tiempos ordinarios; ahora no, mayormente estando para ejecutarlas el Lozano de Torres, hombre ántes embrollador que prudente y activo. Las escaseces fueron reales; mas, agriándose las contestaciones, se trataron con injusticia unos y otros, dando ocasion, segun veremos, á enojos y desabrimientos.

Comenzó, no obstante, al tiempo convenido la marcha de los ejércitos aliados, haciendo sólo en ella los españoles una corta variacion, por falta de agua, en el camino de Talavera. El 21 de Julio se alojaban ambos entre Oropesa y Velada; prosiguieron el 22 su camino, encontrándose la vanguardia, regida por D. José de Zayas, con fuerza enemiga, capitaneada por el capitan Latour-Maubourg. Las escaramuzas duraron parte del dia, portándose nuestros soldados bizarramente, y con eso, y aparecer los ingleses, cruzaron los enemigos el Alberche, estando en Cazalegas el cuartel general del mariscal Victor. Las divisiones de Villatte y Lapisse formaban sobre su derecha en altozanos que dominan la campaña, y la de Ruffin cubria sobre la izquierda, tocando al Tajo, el puente del Alberche, larguísimo y de tablas, amparado, ademas, su desembocadero con 14 piezas de artillería. Ascendian sus fuerzas á 25.000 hombres, y permanecieron en sus puestos los dias 22 y 23.

Acercáronse allí por su lado los ejércitos aliados, y sir Arturo Wellesley propuso á D. Gregorio de la Cuesta atacar á los enemigos sin tardanza el mismo 23, mas el general español pidió que se difriese hasta la madrugada siguiente. Fútiles fueron las razones que despues alegó para tal dilacion, contrastando el detenimiento de ahora con el prurito que tuvo siempre, y renovó luégo, de combatir á todo trance. Aseguran algu-

nos extranjeros que se negó por ser domingo; mas ni Cuesta pecaba de tan nimio, ni en España prevalecia semejante preocupacion. Ha habido ingleses que han tachado á cierto oficial del estado mayor de Cuesta de la nota de entenderse con los enemigos. Ignoramos el fundamento de sus sospechas. Lo cierto es que los franceses, ya en situacion apurada, decamparon en la noche del 23 al 24, y en lugar de seguir el camino de Madrid, tomaron por Torrijos el de Toledo. Falló así destruir al mariscal Victor á la sazón que sus fuerzas eran inferiores á las aliadas, y falló por la inoportuna prudencia de Cuesta, prenda nunca ántes notada entre las de este general.

Incomodado por ello Wellesley, receloso de que continuasen escaseando las subsistencias, y pareciéndole quizá arriesgado internarse más ántes de estar cierto de lo que pasaba en Castilla la Vieja, declaró formalmente que no daría un paso más allá del Alberche, á no afianzarse la manutencion de sus tropas. Cuesta, que el 23 se remoloneaba para atacar, impelido ahora por aviesa mano, ó renaciendo en su ambicioso ánimo el deseo de entrar ántes que ninguno en Madrid, marchó solo y sin los ingleses, y llegó el 24 al Bravo y Cebolla, y adelantándose el 25 á Santa Olalla y Torrijos, hubo de costar cara su loca temeridad.

Los franceses no se retiraban sino para reconcentrarse y engrosar sus fuerzas. José, despues de dejar en Madrid una corta guarnicion, habia salido con su guardia y reserva, uniéndose á Victor el 25, por Vargas y orilla izquierda del Guadarrama. Otro tanto hizo Sebastiani, que observaba á Venégas en la Mancha, cerca de Daimiel, cuando se le mandó acudir al Tajo. Con esta union, los franceses, que poco ántes tenian, para oponerse á los aliados, sólo unos 25.000 hombres, contaban ahora sobre 50.000, alojados á corta distancia de Cuesta, detras del rio Guadarrama. Venégas, sabedor de la marcha de Sebastiani, envió en pos de él y hácia Toledo una division, al mando de D. Luis Lacy, aproximándose en persona á Aranjuez con lo restante de su ejército. No por eso dividieron los franceses sus fuerzas, ni tampoco por otros movimientos de sir Roberto Wilson, quien, extendiéndose con sus tropas por Escalona y la Villa del Prado, se habia el 25 metido hasta Navalcarnero, distante cinco leguas de Madrid, cuyo suceso hubo de causar en la capital un levantamiento.

Aunque juntos los cuerpos de Victor y Sebastiani con la reserva y guardia de José, no pensaban los franceses empeñarse en accion campal, aguardando á que el mariscal Soult, con los tres cuerpos que capitaneaba en Salamanca, viniese sobre la espalda de los aliados, por las sierras que dividen aquellas provincias de la de Extremadura. Plan sabio,

de que habia sido portador, desde Madrid, el general Foy, y cuyas resultas hubieran podido ser funestísimas para el ejército combinado. La impaciencia de los franceses malogró en el campo lo que prudentemente se habia determinado en el consejo.

Viendo el 26 de Julio la indiscreta marcha de Cuesta, quisieron escarmentarle. Así, arrollaron aquel dia sus puestos avanzados, y áun acometieron á la vanguardia. El comandante de ésta, D. José de Zayas, avanzó á las llanuras que se extienden delante de Torrijos, en donde lidió largo rato, tratando sólo de retirarse al noticiarle que mayor número de gente venía á su encuentro. Comenzó entónces ordenadamente su movimiento retrógado; pero arretrados los infantes con ver que no podia maniobrar el regimiento de caballería de Villaviciosa, metido entre unos vallados, retrocedieron en desorden á Alcabon, adonde corrió en su amparo el Duque de Alburquerque, asistido de una division de 3.000 caballos. Dióse con esto tiempo á que la vanguardia se recogiese al grueso del ejército, que teniendo á su cabeza al general Cuesta, caminaba, no con el mejor concierto, á abrigarse del ejército inglés. La vanguardia de éste ocupaba á Cazalegas, y su comandante, el general Sherbrooke, hizo ademán de resistir á los enemigos, que se detuvieron en su marcha. Parecia que con tal leccion se ablandaria la tenacidad del general Cuesta; mas desentendiéndose, de las justas reflexiones de sir Arturo Wellesley, á duras penas consintió repasar el Alberche.

Anunciaba la union y marcha de los enemigos la proximidad de una batalla, y se preparó á recibirla el general inglés. En consecuencia, mandó á Wilson que de Navalcarnero volviese á Escalona, y no dejó tropa alguna á la izquierda del Alberche, resuelto á ocupar una posicion ventajosa en la márgen opuesta.

Escogió como tal el terreno que se dilata desde Talavera de la Reina hasta más allá del cerro de Medellin, y que abraza en su extension unos tres cuartos de legua. Alojábase á la derecha, y tocando al Tajo, el ejército español; ocupaba el inglés la izquierda y centro. Era como sigue la fuerza y distribucion de entrambos. Componíase el de los españoles de cinco divisiones de infantería y dos de caballería, sin contar la reserva y vanguardia. Mandaban las últimas D. Juan Berfhuy y D. José de Zayas. De las divisiones de caballería, guiaba la primera D. Juan de Henestrosa, la segunda el Duque de Alburquerque. Regian las de infantería, segun el órden de su numeracion, el Marqués de Zayas, D. Vicente Iglesias, el Marqués de Portago, D. Rafael Manglano y D. Luis Alexandro Bassecourt. El total de tropas españolas, deducidas pérdidas, des-

tacamentos y extravíos, no llegaba á 34.000 hombres; de ellos, cerca de 6.000 de caballería. Contaban allí los ingleses más de 16.000 infantes y 3.000 jinetes, repartidos en cuatro divisiones, á las órdenes de los generales Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell.

La derecha, que formaban los españoles, se extendía delante de Talavera y detras de un vallado que hay á la salida. Colocóse enfrente de la suntuosa ermita de Nuestra Señora del Prado una fuerte batería, con cuyos fuegos se enfilaba el camino real que conduce al puente del Alberche. Por el siniestro costado de los españoles, y en un intermedio que habia entre ellos y los ingleses, empezóse á construir en un altozano un reducto, que no se acabó; viniendo despues é inmediatamente la division de Campbell, á la que seguía la de Sherbrooke, cubriendo con la suya la izquierda del general Hill. Permaneció apostada cerca del Alberche la division del general Mackenzie, con órden de colocarse en segunda línea y detras de Sherbrooke al trabarse la refriega. Era la llave de la posicion el cerro en donde se alojaba Hill, llamado de Medellin, cuya falda baña por delante y defiende con hondo cauce el arroyo Portiña, separándole una cañada por el siniestro lado de los peñascales de la Atalaya é hijuelas de la sierra de Segurilla.

Al amanecer del 27 de Julio, poniendo José desde Santa Olalla sus columnas en movimiento, llegaron aquéllas á la una del dia á las alturas de Salinas, izquierda del Alberche. Sus jefes no podian ni áun de allí descubrir distintamente las maniobras del ejército combinado, plantado el terreno de olivos y moreras. Mas, escuchando José al mariscal Victor, que conocia aquel país, tomó, en su consecuencia, las convenientes disposiciones. Dirigió el cuarto cuerpo, del mando de Sebastiani, contra la derecha, que guardaban los españoles, y el primero, del cargo de Victor, contra la izquierda, al mismo tiempo que amenazaba el centro la caballería. Cruzado el Alberche, siguió el cuarto cuerpo con la reserva y guardia de José, que le sostenia, el camino real de Talavera, y el primero, que vino por el vado, cayó tan de repente sobre la torre llamada de Salinas, en donde estaba apostado el general Mackenzie, que causó algun desórden en su division, y estuvo para ser cogido prisionero sir Arturo Wellesley, que observaba desde aquel punto los movimientos del enemigo. Pudieron, al fin, todos, aunque con trabajo, recogerse al cuerpo principal del ejército aliado.

Iba, pues, á empeñarse una batalla general. Los franceses, avanzando, empezaron ántes de anochecer su ataque con un fuerte cañoneo y una carga de caballería sobre la derecha, que defendian los españo-

les, de los que cieron los cuerpos de Trujillo y Badajoz de línea y leales de Fernando VII, y aún hubo fugitivos que esparcieron la consternacion hasta Oropesa, yendo envueltos con ellos y no menos aterrados algunos ingleses. No fué, sin embargo, más allá el desórden, contenido el enemigo por el fuego acertado de la artillería y de los otros cuerpos, y tambien por ser su principal objeto caer sobre la izquierda, en que se alojaba el general Hill.

Dirigieron contra ella las divisiones de los generales Ruffin y Villatte, y encaramáronse al cerro, á pesar de ser la subida áspera y empinada, con la dificultad tambien de tener que cruzar el cauce del Portiña. Atropellándolo todo con su impetuosidad, tocaron á la cima, de donde precipitadamente descendieron los ingleses por la ladera opuesta. El general Hill, aunque herido su caballo, y á riesgo de caer prisionero, volvió á la carga, y con la mayor bizarría recuperó la altura. Ya bien entrada la noche, insistieron los franceses en su ataque, extendiéndole por la izquierda de ellos el general Lapisse contra otra de las divisiones inglesas. Viva fué la refriega y larga, sin fruto para los enemigos. Pasadas las doce de la misma noche, un arma falsa, esparcida entre los españoles, dió ocasion á un fuego graneado, que duró algun tiempo, y causó cierto desórden, que afortunadamente no cundió á toda la línea.

Al amanecer del 28 renovaron los franceses sus tentativas, acometiendo el general Ruffin el cerro de Medellin por su frente y la cañada de la izquierda; sostúvole en su empresa el general Villatte. La pelea fué porfiada, repetidos los ataques, ya en masa, ya en pelotones, la pérdida grande de ambas partes. Herido el general Hill, dudoso el éxito en ocasiones, hasta que los franceses, tornando á sus primeros puestos, abrigados de formidable artillería, suspendieron el combate.

Falto el ejército británico de cañones de grueso calibre, pidió el general Wellesley algunos de esta clase á D. Gregorio de la Cuesta, los cuales se colocaron, al mando del capitan Uclés, en el reducto empezado á construir en el altozano interpuesto entre españoles é ingleses. Viendo tambien el general Wellesley el empeño que ponía el enemigo en apoderarse del cerro de Medellin, sintió no haber ántes prolongado su izquierda, y guarneciéndola del lado de la cañada; por lo que, para corregir su olvido, colocó allí parte de su caballería, que sostuvo la de Alburquerque, y alcanzó de Cuesta el que destacase la quinta division, del mando de Bassecourt, cuyo jefe se situó cubriendo la cañada, en la falda y peñascales de la Atalaya.

En aquel momento dudo José de si convenia retirarse ó continuar el

combate. Victor estaba por lo último, el mariscal Jourdan por lo primero. Vacilante José por algun tiempo, decidióse por la continuacion, habiendo recorrido ántes la línea en todo su largo.

En el intermedio hubo un respiro, que duró desde las nueve hasta las doce de la mañana, bajando, sin ofenderse, los soldados de ambos ejércitos á apagar en el arroyo de Portiña la sed ardiente que les causaba lo muy bochornoso del dia.

Por fin los franceses volvieron á proseguir la accion. Vigilaba sus movimientos sir Arturo Wellesley desde el cerro de Medellin. Acometió primero el general Sebastiani el centro, por la parte en que se unian los ingleses y los españoles. Aquí se hallaban de parte de los últimos las divisiones tercera y cuarta, al cuidado ambas de D. Francisco Eguía, formando dos líneas; la primera más avanzada que la inmediata de los ingleses. El frances quiso, sobre todo, apoderarse de la batería del reducto; mas al poner el pié en ella, recibieron sus soldados una descarga á metralla de los cañones puestos allí poco ántes al mando del capitán Uclés, y cayendo los ingleses en seguida sobre sus filas, experimentaron éstas horrorosa carnicería. Replegados en confusion los franceses á su línea, rechazaron á sus contrarios cuando avanzaron. Reiteráronse tales tentativas, hasta que en la última, intentando los enemigos meterse entre los ingleses y los españoles, se vieron flanqueados por la primera línea de éstos más avanzada, y acribillados por una batería que mandaba D. Santiago Piñeiro, militar aventajado. Repelidos así, y al tiempo que ya flaqueaban, dió sobre ellos asombrosa carga el regimiento español de caballería del Rey, guiado por su coronel D. José María de Lastres, á quien, herido, substituyó en el acto, con no menor brío, su teniente D. Rafael Valparda. Todo lo atropellaron nuestros jinetes, dando lugar á que se cogieran 10 cañones, de los que cuatro trajo al campo español el mencionado Piñeiro.

A la misma sazón, en la izquierda del ejército aliado, trató la division del general Ruffin de rodear por la cañada el cerro de Medellin, amenazando parte de la de Villatte subir á la cima. Colocada la caballería inglesa en dicha cañada, aunque padeció mucho, en especial un regimiento de dragones, logró desconcertar á Ruffin, sosteniendo sus esfuerzos la division de Bassécourt y la caballería de Albuquerque. Tambien sirvió de mucho la oportunidad con que el distinguido oficial D. Miguel de Alava, ayudante del último, condescendiendo con los deseos del general inglés Fane, y sin aguardar, por la premura, el permiso de su jefe, dispuso que obrasen dos cañones, al mando del capitán

Entrena, que hicieron en el enemigo grande estrago. Así se ve cómo en ambas alas andaba la refriega favorable á los aliados.

Hubo de comprometerse su éxito durante cierto espacio en el centro. Acometió allí al general Sherbrooke el frances Lapisse, el cual, si bien al principio fué rechazado gallardamente, prosiguiendo los guardias ingleses con sobrado ardor el triunfo, repeliéronlos á su vez los franceses, introduciendo confusion en su línea; momento apurado, pues roto el centro, hubieran los aliados perdido la batalla. Felizmente, al ver Wellesley lo que se empeñaban los guardias, con prevision ordenó desde el cerro donde estaba bajar al regimiento número 48, mandado por el coronel Donellan, cuyo cuerpo se portó con tal denuedo, que conteniendo á los franceses, dió lugar á que los suyos volviesen en si y se rehiciesen. Sucedido lo cual, avanzando de la segunda línea la caballería ligera, á las órdenes de Cotton, y maniobrando por los flancos la artillería, entre la que tambien lució con sus cañones el capitán Entrena, ciaron desordenados los franceses, cayendo mortalmente herido el general Lapisse. Ya entónces se mostraron por toda la línea victoriosos los aliados. Recogieron los franceses á su antigua posicion, cubriendo el movimiento los fuegos de su artillería. El calor y lo seco de la tierra con el tráfigo y pisar de aquel dia produjeron poco despues en la hierba y matorrales un fuego, que recorriendo por muchas partes el campo, quemó á muertos y á postrados heridos. Perdieron los ingleses en todo 6.268 hombres, los franceses 7.389, con 17 cañones; murieron de cada parte dos generales. Ascendió la pérdida de los españoles á 1.200 hombres, quedando herido el general Manglano.

De este modo pasó la batalla de Talavera de la Reina, que empezada el 27 de Julio, no concluyó hasta el siguiente dia, y la cual tuvo, por decirlo así, tres pausas ó jornadas. En la última del 28 se comportaron los españoles con valor é intrepidez. A los cuerpos que el 27 flaquearon, nada ménos intentó Cuesta que diezmarlos, como si su falta no proviniese más bien de anterior indisciplina que de cobardía villana. Intercedió el general inglés, y amansó el feroz pecho del español, mas desgraciadamente cuando ya habian sido arcabuceados 50 hombres.

Nombró la Junta Central á sir Arturo Wellesley, capitán general de ejército, y elevóle su gobierno á par de Inglaterra, bajo el título de lord vizconde Wellintong de Talavera, con el cual le distinguiremos en adelante. Dispensó tambien la Central otras gracias á los jefes españoles, condecorando á don Gregorio de la Cuesta con la gran cruz de Cárlos III.

El 29 de Julio repasaron los franceses el Alberche, apostándose en

las alturas de Salinas. Marchó en seguida José con el cuarto cuerpo y la reserva á Santa Olalla, y se colocó el 31 en Illéscas, habiendo ántes destacado una division vuelta de Toledo, á cuya ciudad amenazaba gente de Venégas. El mariscal Victor, recelándose de los movimientos por su flanco de sir Roberto Wilson, cuya fuerza creia superior, se retiró tambien el 1.º de Agosto hácia Maqueda y Santa Cruz del Retamar, creciendo el desacuerdo entre él y el mariscal Jourdan, como acontece en la desgracia.

Lord Wellintong y los españoles se mantuvieron en Talavera, adonde llegó el 29, con 3.000 hombres de refresco, el general Crawford, que al ruido de la batalla se apresuró á incorporarse á tiempo, aunque inútilmente, al grueso del ejército. No quiso Wellintong, á pesar del refuerzo, seguir el alcance, ya porque considerase á los franceses más bien repelidos que deshechos, ó ya porque no se fiase en la disciplina y organizacion del ejército español, tolerable en posicion abrigada, pero muy imperfecta para marchas y grandes evoluciones. Otras causas pudieron tambien influir en su determinacion: tal fué el anuncio del armisticio de Znaim, que se publicó en *Gaceta* extraordinaria de Madrid de 27 de Julio; tal asimismo la marcha progresiva de Soult, de que se iban teniendo avisos más ciertos. Sin embargo, no fundó el general inglés su resolucion en ninguna de tan poderosas é insinuadas razones, fuese que no quisiera ofender á los caudillos españoles, ó que temiera sobresaltar los ánimos con malas nuevas. Disculpóse solamente para no avanzar con la falta de víveres, pareciendo á algunos que si realmente tal escasez afligia al ejército, no era oportuno modo de remediarla permanecer en el lugar en donde más se sentia, cuando yendo adelante se encontrarían países ménos devastados, y ciudades y pueblos que ansiosamente y con entusiasmo aguardaban á sus libertadores.

Por tanto creyóse en general que, si bien no abundaban las vituallas, la detencion del ejército inglés pendia principalmente de los movimientos del mariscal Soult, quien, segun aviso recibido en 30 de Julio, intentaba atravesar el puerto de Baños, defendido por el Marqués del Reino con cuatro batallones, dos destacados anteriormente del ejército de Cuesta, y dos de Béjar. A la primera noticia pidió lord Wellington que tropa española fuese á reforzar el punto amenazado, y dificultosamente recabó de D. Gregorio de la Cuesta que destacase para aquel objeto, en 2 de Agosto, la quinta division, del mando de D. Luis Bassecourt: poca fuerza y tardía, pues no pudiendo el Marqués del Reino resistir á la superioridad del enemigo, se replegó sobre el Tiétar, entrando los franceses en Plasencia el 1.º de Agosto.

Cerciorados los generales aliados de tan triste acontecimiento, convinieron en que el ejército británico iría al encuentro de los enemigos, y que los españoles permanecerían en Talavera, para hacer rostro al mariscal Victor en caso de que volviese á avanzar por aquel lado. Las fuerzas que traían los franceses constaban del quinto, segundo y sexto cuerpo, ascendiendo en su totalidad á unos 50.000 hombres. Precedía á los demas el quinto, á las órdenes del mariscal Mortier; seguíale el segundo, á las inmediatas de Soult, que además mandaba á todos en jefe, y cerraba la marcha el sexto, capitaneado por el mariscal Ney. Fué, de consiguiente, Mortier quien arrojó de Baños al Marqués del Reino, extendiéndose ya hácia la venta de la Bazagona por una parte, y por otra hácia Coria, cuando el 3 de Agosto pisó Soult las calles de Plasencia, y cuando Ney cruzaba en el mismo dia los lindes extremeños. Tal y tan repentina avenida de gente asoló aquella tierra, frondosísima en muchas partes, no escasa de cierta industria, y en donde aun quedan rastros y mijeros de una gran calzada romana. El general Beresford, que ántes estaba situado, con unos 15.000 portugueses, detras del Águeda, siguió al ejército frances en una línea paralela, y atravesando el puerto de Perales, llegó á Salvatierra el 17 de Agosto, desde cuyo punto trató de cubrir el camino de Abrántes.

Íbanse de esta manera acumulando en el valle ó prolongada cuenca que forma el Tajo desde Aranjuez hasta los confines de Portugal, muchedumbre de soldados, cuyo número, incluso los ejércitos de Venégas y Beresford, rayaba en el de 200.000 hombres, de muchas y várias naciones. Siendo difícil su mantenimiento en tan limitado terreno, y corto el tiempo que se requería para reunir las masas, era de conjeturar que unos y otros estaban próximos á empeñar decisivos trances. Pero en aquella ocasion, como en tantas otras, no aconteció lo que parecia más probable.

Lord Wellington, informado de que el mariscal Soult se interponía entre su ejército y el puente de Almaraz, resolvió pasar por el del Arzobispo y establecer su línea de defensa detras del Tajo. Por su parte D. Gregorio de la Cuesta, temeroso tambien de aguardar solo en Talavera á José y Victor, que de nuevo se unían, abandonó la villa y se juntó en Oropesa con la quinta division y el ejército británico. Desazonó á Wellington la determinacion del general español, por parecerle precipitada, y sobre todo por no haber puesto el correspondiente cuidado en salvar los heridos ingleses que habia en Talavera. Desatendió, por tanto, y con justicia, los clamores de D. Gregorio de la Cuesta, que insistía en que se

conservase la posicion de Oropesa, como propia para una batalla. Cruzó, pues, Wellington el puente del Arzobispo, y estableció su cuartel general en Deleitosa el 7 de Agosto, poniendo en Mesas de Ibor su retaguardia. Envió tambien por la orilla izquierda de Tajo al general Crawford, con una brigada y seis piezas, el cual llegó felizmente á tiempo de cubrir el paso de Almaraz y los vados.

Forzado, bien á su pesar, el general Cuesta á seguir al ejército inglés, pasó el 5 el puente del Arzobispo, hácia donde con presteza se agolpaban los enemigos. Prosiguió su marcha por la Peraleda de Garbin á Mesas de Ibor, dejando en guarda del puente á la quinta division, del cargo de D. Luis Bassecourt, y por la derecha en Azotan, para atender á los vados, al Duque de Alburquerque, con 3.000 caballos. Mas apénas habia llegado Cuesta á la Peraleda, cuando ya eran dueños los enemigos del puente del Arzobispo.

Acercándose allí de todas partes el quinto cuerpo, se habia colocado su jefe Mortier en la Puebla de Naciados. Estaba á la sazón en Navalmaral el mariscal Ney, y Soult, desde el Gordo, habia destacado caballería camino de Talavera, para ponerse en comunicacion con Victor, de vuelta ya éste el 6 en aquella villa. Así todas las tropas francesas podian ahora darse la mano y obrar de acuerdo.

Reconcentráronse, pues, para forzar el paso del puente del Arzobispo el quinto y segundo cuerpo, al tiempo que Victor, por el puente de tablas de Talavera, debia llamar la atencion de los españoles, y áun acometerlos, siguiendo la izquierda del Tajo. A las dos de la tarde del 8 formalizaron los franceses su ataque contra el paso del Arzobispo; dirigiólo el mariscal Mortier. El calor del dia, y el descuido propio de ejércitos mal disciplinados, hizo que no hubiese de nuestra parte gran vigilancia, por lo cual, en tanto que los enemigos embestian el puente, cruzaron descansadamente un vado 800 caballos suyos, guiados por el general Caulincourt, quedando unos 6.000 al otro lado, prontos á ejecutar lo mismo. Procuraron los españoles impedir el paso del Arzobispo, abriendo un fuego muy vivo de artillería, ajenos de que Caulincourt, pasando el vado, acometeria, como lo hizo, por la espalda. Sólo habia en el puente 300 húsares del regimiento de Extremadura, que contuvieron largo rato los ímpetus de los jinetes enemigos, á quienes hubiera costado caro su arrojo si Alburquerque hubiese llegado á tiempo. Pero los caballos de éste, desensillados y sin bridas, tardaron en prepararse, acudiendo despues atropelladamente, con cuya detencion y falta de orden dióse lugar á que vadease el rio toda la caballería francesa, que, ayudada de algunos

infantes, desconcertó á nuestra gente, de la cual parte tiró á Guadalupe y parte á Valdelacasa, perdiéndose cañones y equipajes.

Afortunadamente no prosiguieron los enemigos más adelante, dirigiendo sus fuerzas á otros puntos, por lo que los aliados pudieron mantenerse tranquilos; los ingleses sobre la izquierda hácia Almaraz, con su cuartel general en Jaraicejo, los españoles sobre la derecha, con el suyo en Deleitosa, atentos tambien á proteger la posicion de Mesas de Ibor. Don Gregorio de la Cuesta, abrumado con los años, sinsabores é incomodidades de la campaña, hizo dimision del mando el 12 de Agosto, sucediéndole interinamente, y despues en propiedad, D. Francisco de Eguía.

Puestos los aliados á la orilla izquierda del Tajo, y temiendo José movimientos en Castilla la Vieja, cuyas guarniciones estaban faltas de gente, determinó, siguiendo el parecer de Ney, suspender las operaciones del lado de Extremadura. Así lo tenía, igualmente, insinuado Napoleon desde Schoenbrun, con fecha de 29 de Julio, desaprobando que se empeñasen acciones importantes hasta tanto que llegasen á España nuevos refuerzos, que se disponia á enviar del Norte. Conforme á la resolucion de José, situóse Soult en Plasencia, reemplazó en Talavera al cuerpo de Victor el de Mortier, y retrocedió con el suyo á Salamanca el mariscal Ney.

Caminaba el último tranquilamente á su destino, sin pensar en enemigos, cuando de repente tropezó en el puerto de Baños con obstinada resistencia. Causábala sir Roberto Wilson, quien, abandonado, y estando el 4 de Agosto en Velada, sin noticia del paradero de los aliados, repasó el Tiétar, y atravesando acelerada é intrépidamente las sierras que parten términos con las provincias de Ávila y Salamanca, fué á caer á Béjar por sitios solitarios y fragosos. Desde allí, queriendo incorporarse con los aliados, contramarchó hácia Plasencia por el puerto de Baños, á la propia sazón que el mariscal Ney revolvía sobre Salamanca. La fuerza de Wilson, de 4.000 hombres, la componian portugueses y españoles. Dos batallones de éstos, avanzados en Aldeanueva, defendieron á palmas el terreno hasta la altura del desfiladero, en donde se alojaban los portugueses. Sostúvose Wilson en aquel punto durante horas, y no cedió sino á la superioridad del número; segun la relacion de tan digno jefe, sus soldados se portaron con el mayor brío, y al retirarse, los hubo que respondiendo á fusilazos á la intimacion del enemigo de rendirse, se abrieron paso valerosamente.

El cuerpo del mariscal Soult, miéntras permaneció en tierra de Plasencia, acostumbrado á vivir de rapiña, taló campos, quemó pueblos y

cometió todo género de excesos. Al obispo de Coria D. Juan Álvarez de Castro, anciano de ochenta y cinco años, postrado en una cama, sacáronle de ella violentamente merodeadores franceses, y sin piedad le arcabucearon. Parecida atrocidad cometieron con otros pacíficos y honrados ciudadanos.

En tanto José pensó en hacer frente al general Venégas, que por su parte había puesto en gran cuidado á la córte intrusa, adelantándose al Tajo en 23 de Julio, al tiempo que el general Sebastiani retrocedió á Toledo. Era el ejército de D. Francisco Venégas de los mejor acondicionados de España, y sobresalian sus jefes entre los más señalados. Estaba distribuido en cinco divisiones, que regian: la primera D. Luis Lacy, la segunda D. Gaspar Vigodet, la tercera D. Pedro Agustin Jiron, la cuarta D. Francisco Gonzalez Castejon, y la quinta D. Tomas de Zerain. Gobernaba la caballería el Marqués de Jelo. Ya hablamos de su fuerza total.

El 27 de Julio dispuso el general Venégas que la primera division pasase á Mora, cayendo sobre Toledo, al paso que él se trasladaba á Tembleque con la cuarta y quinta, y avanzaban á Ocaña la segunda y tercera. Ejecutóse la operacion, yendo hasta Aranjuez en la mañana del 29. Un destacamento de 400 hombres, mandados por el coronel D. Felipe Lacorte, se extendió á la Cuesta de la Reina, en donde dispersó tropas del enemigo y les cogió varios prisioneros.

En tal situacion, parecia natural que Venégas se hubiera metido en Madrid, desguarnecido con la salida de José via de Talavera. Aguijon era para ello el nombramiento que el mismo dia 29 recibió de la Central, encargándole interinamente el mando de Castilla la Nueva, con prevencion de que residiese en Madrid. Pero siendo el verdadero motivo de concederle esta gracia el disminuir el influjo pernicioso de Cuesta, caso que nuestras tropas ocupasen la capital, se le advertia al mismo tiempo que no se empeñase muy adelante, pues los ingleses, con pretexto de falta de subsistencias, no pasarian del Alberche.

Hubiera aún podido detener á Venégas para entrar en Madrid el parte que el 30 le dió Lacy, desde Nuestra Señora de la Sisle, de que enemigos se agolpaban á Toledo, si en el mismo dia no hubiese tambien recibido oficio de Cuesta, anunciando la victoria de Talavera, coligiéndose de ahí que la gente divisada por Lacy venia más bien de retirada que con intento de atacarle. Sin embargo, se limitó Venégas á reconcentrar su fuerza en Aranjuez, apostando en el puente Largo la division de Lacy, que habia llamado de las cercanías de Toledo.

Permanecia así incierto, cuando el 3 de Agosto le avisó D. Grego-

rio de la Cuesta cómo se retiraba de Talavera. Con esta noticia parecia que quien se habia mostrado circunspecto en momentos favorables sería ahora mucho más y con mayor fundamento. Pero no fué así, pues en vez de retirarse, tomó el 5 disposiciones para defender el paso del Tajo. Apostó en sus orillas las divisiones primera, segunda y tercera, al mando todas de D. Pedro Agustín Jiron, que debian atender á los vados y á los puentes Verde, de barcas y la Reina, quedándose detras, camino de Ocaña, con las otras dos divisiones, el mismo Venégas.

Los franceses se presentaron en la ribera derecha á las dos de la tarde del mismo 5, y empezaron por atacar la izquierda española, colocada en el jardin del infante D. Antonio, acometiendo despues los tres puentes. A todas partes acudia el general Jiron con admirable presteza, y en particular á la izquierda, apoyando sus esfuerzos los generales Lacy y Vigodet. No ménos animosos se mostraban los otros jefes y soldados, y los hubo que apénas curados de sus heridas volvian á la pelea. Los franceses, viendo la porfía de la defensa, abandonaron al anoecer su intento. Perdimos 200 hombres; los enemigos 500, estando más expuestos á nuestros fuegos.

Bastábale á Venégas la ventaja adquirida para que satisfecho se retirase con honra; mas creciendo su confianza, permaneció en Ocaña y se aventuró á una batalla campal. Los franceses, frustrado su deseo de pasar el Tajo por Aranjuez, hicieron continuos movimientos con direccion á Toledo, lo cual excitó en Venégas la sospecha de que querian atravesar hácia allí el rio y cogerle por la espalda. Situó, en consecuencia, su ejercito en escalones desde Aranjuez á Tembleque, en donde estableció su cuartel general, enviando la quinta division sobre Toledo. En efecto, los franceses pasaron en 9 de Agosto el Tajo por esta ciudad y los vados de Añover, y el 10 juntó el general español sus fuerzas en Almonacid.

En la creencia de que los franceses sólo eran 14.000, repugnábale á D. Francisco Venégas desamparar la Mancha, inclinándose á presentar batalla. Oyó, sin embargo, ántes la opinion de los demas generales, la cual coincidiendo con la suya, se acordó entre ellos atacar á los franceses el 12, dando el 11 descanso á las tropas. Mas en este dia previnieron los enemigos los deseos de los nuestros, trabando la accion en la madrugada.

Componfáse la fuerza francesa del cuarto cuerpo, al mando de Sebastiani, y de la reserva, á las ordenes de Dessoles y de José en persona, cuyo total ascendia á 26.000 infantes y 4.000 caballos. Situáronse los españoles delante de Almonacid y en ambos costados. El derecho le

guarnecía la segunda division, el izquierdo la primera, y ocupaban el centro la cuarta y quinta. Quedó la reserva á retaguardia, destacándose sólo de ella dos ó tres cuerpos. Distribuyóse la caballería entre ambos extremos de la línea, excepto algunos jinetes, que se mantuvieron en el centro.

Empezó á atacar el general Sebastiani ántes que llegase su reserva, dirigiéndose contra la izquierda española. Vióse, por tanto, muy comprometido un cuerpo de la primera division, y á punto de tener que replegarse sobre los batallones de Bailén y Jaen, que eran dos de los destacados de la tercera division. Ciaron tambien éstos de la cresta de un monte, á la izquierda de la línea donde se alojaban, herido mortalmente el teniente coronel de Bailén D. Juan de Silva. Inútilmente fué á su socorro el general Jiron, hasta que desplegando al frente de las columnas enemigas D. Luis Lacy, con lo restante de su primera division contuvo á aquéllas, y las rechazó, apoyado por la caballería.

A la sazón llegó el general Dessoles con parte de la reserva francesa, y animando á los soldados de Sebastiani, renovóse con más ardor la refriega. Viéronse entónces tambien acometidas la cuarta y quinta division española; la última, colocada á la derecha de Almonacid, dió luego indicio de flaquear; mas la otra sostúvose bizarramente, distinguiéndose los cuerpos de Jerez, Córdoba y guardias españolas, guiado el segundo con conocimiento y valentía por D. Francisco Carvajal. Cargaba igualmente la caballería, y anunciábase allí la victoria, cuando, muerto el caballo del comandante de aquellos jinetes, Vizconde de Zolina, hombre de nimia supersticion, aunque de valor no escaso, paróse éste, tomando por aviso de Dios la muerte su de caballo.

Entre tanto acudió José con el resto de la reserva al campo de batalla, y rota la quinta division, que ya habia flaqueado, penetraron los franceses hasta el cerro del castillo, al que subieron despues de una muy viva resistencia. Llegó con esto á ser muy crítica la situacion del ejército español, en especial la de la gente de Lacy, por lo cual Venégas juzgó prudente retirarse. Para ello ordenó á la segunda division, del mando de Vigodet, que era la ménos comprometida, que formase á espaldas del ejército. Ejecutó dicho jefe esta maniobra con prontitud y acierto, siguiendo á su division la cuarta, del cargo de Castejon.

No bastó tan oportuna precaucion para verificar la retirada ordenadamente, pues asustados algunos caballos con la voladura de varios carros de municiones, dispersáronse é introdujeron desórden. De allí, no obstante, con más ó ménos concierto, dirigieronse todas las divisiones

por distintos puntos á Herencia, y en seguida á Manzanares. En esta villa, corriendo entre la caballería la voz falsa y aciaga de que los enemigos estaban ya á la espalda de Valdepeñas, desrancháronse los soldados, y de tropel y desmandadamente no pararon hasta Sierra-Morena, en donde, segun costumbre, se juntaron despues y rehicieron. Costó á los españoles la batalla de Almonacid 4.000 hombres, unos 2.000 á los franceses.

Tan desventajosamente finalizó esta campaña de Talavera y la Mancha, comenzada con favorable estrella. No se advirtió, sin embargo, en sus resultas, á lo ménos de parte de los españoles, lo que comunmente acontece en las guerras, en las que, segun con razon asienta Montesquieu, no suele ser lo más funesto las pérdidas reales que en ellas se experimentan, sino las imaginarias y el desaliento que producen. Lo que hubo de lastimoso en este caso fué haber desaprovechado la ocasion de lanzar tal vez á los franceses del Ebro allá, y sobre todo la desunion momentánea de los aliados, á la que sirvió de principal motivo la falta de bastimentos.

Cuestion ha sido ésta que ya hemos tocado, y no volveriamos á renovarla, si no hubiese tenido particular influjo en las operaciones militares, y mezcládose tambien en los vaivenes de la política. Hubo en ella por ambas partes injusticia en las imputaciones, achacándose á la Central mala voluntad y hasta perfidia, y calificando ésta de mero pretexto las quejas, á veces fundadas, de los ingleses. Todos tuvieron culpa, y más las circunstancias de entónces, juntamente con la dificultad de alimentar un ejército en campaña cuando no es conquistador, y de prevenir las necesidades por medio de oportunos almacenes. Se equivocó la Central en imaginar que con sólo dar órdenes y enviar empleados se abastecería el ejército inglés y español. A aquéllas hubieran debido acompañar medidas vigorosas de coaccion, poniendo tambien cuidado en encargar el desempeño de comision tan espinosa á hombres íntegros y capaces. Cierito que á un gobierno de índole tan débil como la Central érale difícil emplear la coaccion, sobre todo en Extremadura, provincia devastada, y en donde hasta las mismas y fértiles comarcas del valle y vera de Plasencia, primeras que habian de pisar los ingleses, acababan de ser asoladas por las tropas del mariscal Victor. Pero hubo azar en escoger por cabeza de los empleados á Lozano de Torres, quien, al paso que bajamente adulaba al general en jefe inglés, escribia á la Central que eran las quejas de aquél infundadas: juego doble y villano, que descubierto, obligó á Wellington á echar con baldon de su campo al empleado español.

De parte de los ingleses hubo imprevision en figurarse que con los ofrecimientos y buenos deseos de la Central podría su ejército ser completamente provisto y ayudado. Ya había éste padecido en Portugal falta de muchos artículos, aunque en realidad el gobierno británico allí mandaba, y con la ventaja de tener próxima la mar. Mayores escaseces hubieran debido temer en España, país entónces, por lo general, más destruido y maltratado, no pudiendo contar con que sólo el patriotismo reparase el apuro de medios, despues de tantas desgracias y escarmientos. Creer que el gobierno español hubiera de antemano preparado almacenes, era confiar sobradamente en su energía, y principalmente en sus recursos. Los ingleses sabian por experiencia lo dificultoso que es arreglar la hacienda militar, ó sea *comisariato*, pues todavía en aquel tiempo tachaban ellos mismos de defectuosísimo el suyo, y no era dable que España, en todo lo demas tan atrasada respecto de Inglaterra, se le aventajase en este solo ramo, y tan de repente.

En vano pensó la Junta suprema remediar en parte el mal, enviando á Extremadura á D. Lorenzo Calvo de Rozas, individuo suyo, y en cuyo celo y diligencia ponía firme esperanza. Semejante determinacion, que no se tomó hasta 1.º de Agosto, llegaba ya tarde, indispuestos los ánimos de los generales entre si, y agriados cada vez más con el escaso fruto que se sacaba de la campaña emprendida. De poco sirvió tambien para concordarlos la dejacion voluntaria que hizo Cuesta de su mando, anhelada por los mismos ingleses, y expresamente pedida por su ministro, en Sevilla. Lord Wellington, viendo que la abundancia no crecía (3) cual deseaba, y que sus soldados enfermaban, y perecían sus caballos, declaró que estaba resuelto á retirarse á Portugal. Entónces Eguía y Calvo hicieron, para desviarle de su propósito, nuevos ofrecimientos, concluyendo con decirle el primero que, á no ceder á sus instancias, creería que otras causas, y no la falta de subsistencias, le determinaban á retirarse. Otro tanto, y con más descaro, escribióle Calvo de Rozas. Asperamente replicó Wellington, indicando á Eguía que en adelante sería inútil proseguir entre ellos la comenzada correspondencia.

---

(3) Los pocos dias que pasaron en Jaraicejo los ingleses no tuvieron grande escasez, pues se les suministró bastante pan y abundó el ganado. Así lo dice, y con las siguientes palabras, lord London-derry, testigo no sospechoso para los ingleses: «During the first fews days of our sojourn at Jaraicejo we were tolerably well supplied with bread; and cattle being plenty, we had no cause to complain.....» (*Narrative of the peninsular war*, vol. I, chapter XVII, page. 431.)

Algunos, no obstante, mantuvieron esperanzas de que todo se compondría con la venida á Sevilla del Marqués de Wellesley, hermano del general inglés y embajador nombrado por S. M. B. cerca del gobierno de España. Había llegado el Marqués á Cádiz el 4, y acogídole la ciudad cual merecía su elevada clase y la fama de su nombre. No nos detendremos en describir su entrada, mas no podemos omitir un hecho que allí ocurrió, digno de memoria. Fué, pues, que queriendo el Embajador, agradecido al buen recibimiento, repartir dinero entre el pueblo, Juan Lobato, zapatero de oficio, y de un batallon de voluntarios, saliendo de entre las filas, díjole mesuradamente: «Señor excelentísimo, no honramos á V. E. por interes, sino para corresponder á la buena amistad que nuestra nacion debe á la de V. E.» Rasgo muy característico y frecuente en el pueblo español. Pasó despues á Sevilla el nuevo embajador, y reemplazó á Mr. Frere, á quien la Junta dió el título de Marqués de la Union, en prueba de lo satisfecha que estaba de su buen porte y celo. Uno de los primeros puntos que trató Wellesley con la Junta fué el de la retirada de su hermano. Recayendo la principal queja sobre la falta de provisiones, rogóle el gobierno español que le propusiese un medio, y el Marqués extendió un plan sobre el modo de formar almacenes y proporcionar trasportes, como si el estado general de España, y el de sus caminos y sus carruajes, estuviese al par del de Inglaterra. No obstante los obstáculos insuperables que se ofrecian para su ejecucion, aprobólo la Central, quizá con sus puntas de malicia, sin que por eso se adelantase cosa alguna. Lord Wellington habia ya empezado el 20 de Agosto, desde Jaraicejo, su marcha retrógrada, y deteniéndose algunos dias en Mérida y Badajoz, repartió en principios de Setiembre su ejército entre la frontera de Portugal y el territorio español. Muchos atribuyeron esta retirada al deseo que tenía el gobierno inglés de que recayese en lord Wellington el mando en jefe del ejército aliado. Nosotros, sin entrar en la refutacion de este dictámen, nos inclinamos á creer que, más que de aquella causa y de la falta de subsistencias, que en efecto se padeció, provino semejante resolucion del rumbo inesperado que tomaron las cosas de Austria. Los ingleses habian pasado á España en el concepto de que prolongándose la guerra del Norte, tendrían los franceses que sacar tropas de la Península, y que no habria, por tanto, que luchar en las orillas del Tajo sino con determinadas fuerzas. Sucedió lo contrario; atribuyendo despues unos y otros á causas inmediatas lo que procedia de origen más alto. De todos modos, las resultas fueron degraiciadas para la causa comun, y la Central, como dirémos despues, recibió de este acontecimiento gran menoscabo en su opinion.

El gobierno de José, por su parte, lleno de confianza, había aumentado ya desde Mayo sus persecuciones contra los que no graduaba de amigos, incomodando á unos y desterrando á otros á Francia.

Confundía en sus tropelías al prócer con el literato, al militar con el togado, al hombre elocuente con el laborioso mercader. Así salieron de Madrid juntos, ó unos en pos de otros, á tierra de Francia el Duque de Granada y el poeta Cienfuegos, el general Arteaga y varios consejeros, el abogado Argumosa y el librero Perez. Mala manera de allegar partidarios, é innecesaria para la seguridad de aquel gobierno, no siendo los extrañados hombres de arrojo ni cabezas capaces de coligacion. Expediéronse igualmente entónces por José decretos destemplados, como lo fueron el de disponer de las cosechas de los habitantes sin su anuencia, y el de que se obligase á los que tuviesen hijos sirviendo en los ejércitos españoles á presentar en su lugar un sustituto ó dar en indemnizacion una determinada suma. Estos decretos, como los demas, ó no se cumplian, ó cumplíanse arbitrariamente, con lo que, en el último caso, se añadía á la propia injusticia la dureza en la ejecucion.

La guerra de Austria, aunque habia alterado algun tanto al gobierno intruso, no le desasosegó extremadamente, ni le contuvo en sus procedimientos. Llególe más al alma la cercanía de los ejércitos aliados, y el ver que con ella los moradores de Madrid recobraban nuevo aliento. Procuró, por tanto, deslumbrarlos y divertir su atencion haciendo repetidas salvas, que anunciasen las victorias conseguidas en Alemania; mas el español, inclinado entónces á dar sólo asenso á lo que le era favorable, acostumbrado ademas á las artimañas de los franceses, no dando fe á lejanas nuevas, reconcentraba todas sus esperanzas en los ejércitos aliados, cuya proximidad en vano quiso ocultar el gobierno de José. Tocó en frenesí el contentamiento de los madrileños el 26 de Julio, dia de Santa Ana, en el que los aldeanos que andan en el tráfico de frutas de Navalcarnero y pueblos de su comarca esparcieron haber llegado allí, y estar, de consiguiente, cercana á la capital, sir Roberto Wilson y su tropa. Con la noticia, saliendo de sus casas los vecinos, espontáneamente y de monton se enderezaron los más de ellos hácia la puerta de Segovia para esperar á sus libertadores. Los franceses no dieron muestra de impedirlo, limitándose el general Belliard, que habia quedado de gobernador, á sosegar con palabras blandas el ánimo levantado de la muchedumbre. Durante el dia reinó por todo Madrid el júbilo más exaltado, dándose el parabien conocidos y desconocidos, y entregándose al solaz y holganza. Pero en la noche, llegado aviso del descalabro que padeció el mis-

mo 26 la vanguardia de Zayas, anunciáronlo los franceses al dia siguiente como victoria alcanzada contra todo el ejército combinado, sin que la publicacion hiciese mella en los madrileños, calificándola de falsa, sobre todo cuando el 31, de resultas de la batalla de Talavera, vieron que los franceses tomaban disposiciones de retirada y que los de su partido se apresuraban á recogerse al Retiro. Salieron, no obstante, fallidas, segun en su lugar contamos, las esperanzas de los patriotas; mas, inmutables éstos en su resolucion, comenzaron á decir el tan sabido *no importa*, que, repetido á cada desgracia y en todas las provincias, tuvo en la opinion particular influjo, probando con la constancia del resistir que aquella frase no era hija de irrefleja arrogancia, sino expresion significativa del sentimiento íntimo y noble de que una nacion, si quiere, nunca es sojuzgada.

José, sin embargo, persuadido de que con la retirada de los ejércitos aliados, las desavenencias entre ellos, la batalla de Almonacid y lo que ocurría en Austria se afirmaba más y más en el sόlio, tomó providencias importantes y promulgó nuevos decretos. Antes ya habia instalado el Consejo de Estado, no pasando á convocar Cόrtes, segun lo ofrecido en la Constitucion de Bayona, así por lo arduo de las circunstancias, como por no agradar ni áun la sombra de instituciones libres al hombre de quien se derivaba su autoridad. Entre los decretos, muchos y de vária naturaleza, húbolos que llevaban el sello de tiempos de division y discordia, como fueron el de confiscacion y venta de los bienes embargados á personas fugitivas y residentes en provincias levantadas, el de privacion de sueldo, retiro ó pension á todo empleado que no hubiese hecho de nuevo, para obtener su goce, solicitud formal. De estas dos resoluciones, la primera, ademas de adoptar el bárbaro principio de la confiscacion, era harto ámplia y vaga para que en la aplicacion no se acreciese su rigor; y la segunda, si bien pudiera defenderse, atendiendo á las peculiares circunstancias de un gobierno intruso, mostrábase áspera en extenderse hasta la viuda y el anciano, cuya situacion era justo y conveniente respetar, evitádoles todo compromiso en las discordias civiles.

Decidió tambien José no reconocer otras grandezas ni títulos sino los que él mismo dispensase por un decreto especial, y suprimió igualmente todas las órdenes de caballería existentes, excepto la militar de España, que habia creado, y la antigua del Toison de Oro; no permitiendo ni el uso de las condecoraciones, ni ménos el goce de las encomiendas; por cuyas determinaciones, ofendiendo la vanidad de muchos, se perjudicó á otros en sus intereses y tratóse de comprometer á todos.

Aplaudieron algunos un decreto que dió José, el 17 de Agosto, para la supresion de todas las órdenes monacales, mendicantes y clericales. Napoleon, en Diciembre, habia sólo reducido los conventos á una tercera parte; su hermano ampliaba ahora aquella primera resolucion, ya por no ser afecto á dichas corporaciones, ya tambien por la necesidad de mejorar la Hacienda.

Los apuros de ésta crecian, no entrando en arcas otro producto sino el de las puertas de Madrid, aumentado sólo con el recargo de ciertos artículos de consumo. Semejante penuria obligó al ministro de Hacienda, Conde de Cabarrús, á recurrir á medios odiosos y violentos, como el del repartimiento de un empréstito forzoso entre las personas pudientes de Madrid, y el de recoger la plata labrada de los particulares. En la ejecucion de estas providencias, y sobre todo en la de la confiscacion de las casas de los grandes y otros fugitivos, cometieronse mil tropelías, teniendo que valerse de individuos despreciables y desacreditados, por no querer encargarse de tal ministerio los hombres de vergüenza. Así fué que ni el mismo gobierno intruso reportó gran provecho, echándose aquella turba de malhechores, con la suciedad y ánsia de arpiás, sobre cuantas cosas de valor se ofrecian á su rapacidad.

Del palacio real se sacaron al propio tiempo todos los útiles de plata que por antiguos ó de mal gusto se habian excluido del uso comun, y se llevaron á la casa de la moneda. Dijóse que del rebusco se juntaron cerca de 800.000 onzas de plata, cálculo que nos parece excesivo.

Tomáronse asimismo de las iglesias muchas alhajas, trasladándose á Madrid bastante porcion de las del Escorial. Cierto es que entre ellas, várias que se creian de oro no lo eran, y otras que se tenian por de plata aparecieron sólo de hojuela. El historiador inglés Napier (ya es preciso nombrarle), empeñado siempre en denigrar la conducta de los patriotas, dice que esta medida del intruso excitó la codicia de los españoles, y produjo la mayor parte de las bandas que se llamaron guerrillas. Asercion tan errónea y temeraria, que consta de público, y puede averiguarse en los papeles del gobierno nacional, que si los jefes de aquellas tropas interceptaron parte de la plata y otras alhajas de las que se llevaban á Madrid, por lo general las restituyeron fielmente á sus dueños ó las enviaron á Sevilla. Lo contrario sucedió del lado de los franceses, que mirando á España como conquista suya, ú obligados sus jefes á echar mano de todo para mantener sus tropas, se reservaron gran porcion de aquellos efectos, en vez de remitirlos al gobierno de Madrid. Con frecuencia se quejaba entre sus amigos de tal desórden el Conde de Cabarrús, añá-

diendo que Napoleon nunca conseguiria su intento en la Península, si no adoptaba el medio de hacer la conquista con 600 millones y 60.000 hombres en lugar de 600.000 hombres y 60 millones; pues sólo así podría ganar la opinion, que era su más terrible enemigo.

Aquel ministro, de cuya condicion y prendas hemos hablado anteriormente, juzgó político y miró como inagotable recurso la creacion que hizo, por decreto de 9 de Junio, bajo nombre de *cédulas hipotecarias*, de unos documentos que habian de trocarse contra los créditos antiguos del Estado de cualquiera especie, y emplearse en la compra de bienes nacionales, con la advertencia de que los que rehusáran adquirir dichos bienes recibirian en cambio inscripciones del libro de la deuda pública que se establecia, cobrando al año 4 por 100 de interés. Tambien discurrió Cabarrús prohibir el curso de los vales reales en los países dominados por los franceses, si no llevaban el sello del nuevo escudo adoptado por José; lo que, en lugar de atraer los vales á la circulacion de Madrid, ahuyentólos, temerosos los tenedores de que el gobierno legítimo se negase á reconocerlos con la nueva marca. Coligiéndose de ahí ser Cabarrús el mismo de ántes, esto es, sujeto de saber y viveza, pero sobradamente inclinado á forjar proyectos á centenares, por lo cual le habia ya calificado con oportunidad el célebre Conde de Mirabeau *d'homme á expédients*.

Ademas, todas estas medidas, que flaqueaban ya por tantos lados, y particularmente por el de la confianza, base fundamental del crédito, acabaron de hundirse con crear otras cédulas, llamadas de *indemnizacion y recompensa*, pues aunque al principio se limitó la suma de éstas á la de 100 millones, y en forma diferente de las otras, claro era que en un gobierno sin trabas, como el de José, y en el que habia de contentarse á tantos, pronto se abusaria de aquel medio, ampliándole, y absorbiendo de este modo gran parte de los bienes nacionales, destinados á la extincion de la deuda. Así fué que, si bien al principio algunos cortesanos y especuladores hicieron compras de cédulas hipotecarias, con que adquirieron fincas pertenecientes á confiscos y comunidades religiosas, padeció en breve aquel papel gran quebranto, quedando casi reducido á valor nominal.

No sacando, pues, de ahogo tales medidas económicas al gobierno de Madrid, tuvo Napoleon, mal de su grado, que suministrar de Francia dos millones de francos mensuales, siendo aquélla la primera guerra que, en lugar de producir recursos á su erario, los menguaba.

Más atinado anduvo José en otros decretos, que tambien promulgó desde Junio hasta fines del año 1809; entre ellos merece particular ala-

banza el que abolió el *voto de Santiago*, impuesto gravosísimo á los agricultores, del que hablaremos al tratar de las Córtes de Cádiz. Igualmente fueron notables el de la enseñanza pública, el de la milicia y sus grados, el de las municipalidades y el de quitar á los eclesiásticos toda jurisdicción civil y criminal. Providencias estas y otras que, si bien en mucha parte tiraban á la mejora del reino, no eran apreciadas por falta de ejecución, y sobre todo porque desaparecía su beneficio al lado de otras ruinosas, y de las lástimas que causaban las persecuciones de particulares y los males comunes de la guerra.